

... narrativa

poesía ...

2005
certamen jóvenes
C R E A D O R E S
madrid



madrid



ALBERTO RUÍZ GALLARDÓN

Alcalde Presidente del Excelentísimo
Ayuntamiento de Madrid

ANA M^a BOTELLA SERRANO

Segunda Teniente de Alcalde, Concejala del
Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía

MARÍA FÚSTER CAVESTANY

Directora General de Educación y Juventud

MILAGROS DE LA CRUZ POTENCIANO

Subdirectora General de Educación y Juventud

SUSANA ARMINIO PÉREZ

Jefe del Departamento de Juventud

BLANCA GIMÉNEZ SÁNCHEZ

Jefe de Sección de Actividades e Información Juvenil



2005
certamen jóvenes
C R E A D O R E S
madrid

CATÁLOGO

EDICIÓN

Área de Gobierno de Empleo
y Servicios a la Ciudadanía
Dirección General de Educación
y Juventud

DISEÑO Y PRODUCCIÓN

Qenta Nova
Grupo Stanfer de Comunicación

DEPÓSITO LEGAL

M-42918-2005

El Catálogo de la XVII edición del Certamen Jóvenes Creadores, acude fielmente a su cita anual para mostrarnos la riqueza y la fuerza creativa de jóvenes valores. Sus páginas recogen las obras premiadas en el año 2005 en cada una de las modalidades del Certamen. En ellas se muestra la capacidad y el talento de los jóvenes para incorporar nuevas formas de expresión artística y nuevos recursos creativos de gran fuerza expresiva. Su destreza se une al esfuerzo apasionado por crear para atestiguar, una vez más, la pujanza de las nuevas generaciones, su ambición creativa y ofrecernos, al mismo tiempo, el espléndido resultado que certifica este Catálogo.

Moda, video, artes plásticas, narrativa, poesía, animación digital, teatro y música forman una amplia representación del arte actual y de las modalidades a las cuales pueden concurrir los jóvenes artistas. La edición de 2005 ha incorporado novedades que dan cabida a nuevas formas de expresión. Junto con las modalidades ya clásicas en el Certamen se han incorporado dos nuevas: la de gastronomía, y la del “graffiti”, una forma de expresión genuinamente juvenil. El Certamen Jóvenes Creadores ha querido tender la mano a esta realidad para que los más jóvenes nos puedan aportar su visión de este nuevo “arte” gastronómico, mezcla de ciencia, artesanía y creatividad. Al mismo tiempo ha querido dar entrada a aquellos jóvenes que utilizando con sentido y previa autorización han convertido paredes y medianerías de la ciudad, con el beneplácito de los vecinos y en muchas ocasiones impulsados por ellos, en auténticos lienzos ciudadanos, llenando de color y expresividad muchas zonas de nuestra ciudad.

La modalidad de diseño interactivo ha cambiado su denominación y contenido. En esta ocasión, la animación digital ha sustituido a la anterior para que los jóvenes creadores que utilicen este nuevo recurso expresivo puedan mostrarnos obras originales sobre temática juvenil.

La música está representada en el Certamen con la modalidad de canción de autor y este año se ha ampliado a la música “pop” y al “rock”. Con todo ello, el Catálogo de la edición del 2005 del Certamen Jóvenes Creadores se llena de nuevas propuestas que atestiguan su dinamismo en la incorporación de nuevas formas de expresión artística que identifican al mundo juvenil.

A todos ellos les deseo un camino plagado de éxitos.

Ana M^a Botella Serrano
Concejala de Gobierno
de Empleo y Servicios a la Ciudadanía

RELACIÓN JURADO

PRESIDENTE

D[a.](#) Ana M[a.](#) Botella Serrano, Concejala de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía.

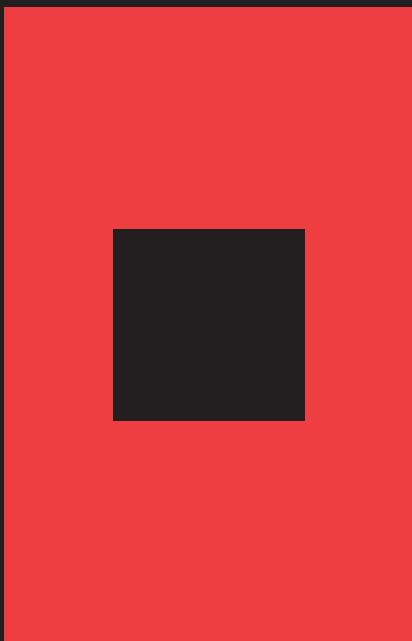
VOCALES

- D[a.](#) María Fúster Cavestany (Directora General de Educación y Juventud)
- D. Miguel Ángel Blesa Radigales (Subdirector Serv. Gestión e Infraestructura de la Información)
- D[a.](#) Rosina Gómez Baeza (Directora General de ARCO)
- D. Javier Martín Rodríguez (Fondista)
- D[a.](#) Oliva María Rubio (Comisaria de Exposiciones)
- D. Ángel Díaz (Jefe de Fotografía Agencia EFE.)
- D[a.](#) Leonor Pérez Pita (Directora de Pasarela Cibeles)
- D. Modesto Lomba (Presidente Asoc. Creadores Moda de España)
- D. Roberto Torretta (Diseñador de Moda)
- D[a.](#) Carmen Echevarría (Empresaria)
- D[a.](#) Elisa Álvarez Espejo (Redactora de moda, revista Telva)
- D. Carlos Casado Huerta (Agente tutor de San Blas)
- D. Félix Reboto (Escritor de Graffiti)
- D. SUSO 33 (Artista Urbano)
- D[a.](#) Teresa Rabal (Actriz, cantante y directora de la Fundación Teresa Rabal)
- D. Luis Martínez Andrés (Jefe de Producción - Rockanbole)
- D. Rubén Caravaca (Manager)
- D. Álvaro Ruiz (Coordinador de Festimad)

- D. Antonio Maura (Coordinador Premios Villa de Madrid)
- D. Luis Mateo Diez (Consejero Técnico de la Biblioteca Técnica)
- D^a. Blanca Berasategui (Directora. Revista “El Cultural”)
- D. Enrique Cornejo (Iniciativas Teatrales, S.L.)
- D. José Tono Martínez (Escritor)
- D. Jesús Felipe Martínez Díaz (Catedrático de Lengua y Literatura Española)
- D. Guillermo Alonso del Real (Director Aula de Arte Dramático Municipal)
- D. Manuel Tejada (Actor)
- D. Cesar González Aparicio (Profesor Fotografía Victoria Kent)
- D. Carlos Iriart (Director Videoteca Municipal)
- D^a. Irma Álvarez-Labiada (Becaria Residencia de Estudiantes)
- D. Miguel Álvarez Fernández (Becario Residencia de Estudiantes)
- D. Luis Deltell Escolar (Becario de la Residencia de Estudiantes)
- D. José M^a Fernández Suárez (Becario Residencia de Estudiantes)
- D. Ignacio García Aguilar (Becario Residencia de Estudiantes)
- D^a. Carmen Jodrá Davó (Becaria Residencia de Estudiantes)
- D^a. Miriam Reyes Cárcamo-García (Becaria Residencia de Estudiantes)
- D. Emilio Romero Aragonés (Técnico Informático)
- D^a. Elena González Cebrián (Directora Escuela de Hostelería, Agencia para el Empleo)

SECRETARIA

- D^a. Susana Arminio Pérez (Jefe del Departamento de Juventud)



ÍNDICE

NARRATIVA

Premios	Nº Obra	Nombre	Página
Primerº	111	María Folguera de la Cámara	14
Accesit	74	Gumersindo Puche Estevan	22
Accésit	81	Enrique Edgar Rodríguez Garret	34
Accésit	89	Ángel Ramón Pastor Rincón	38
Accésit	92	Katixa Aguirre Míguiles	50
Seleccionado	5	David Lorenzo Magariño	
Seleccionado	24	Javier Federico Siedlecki Wullich	
Seleccionado	34	Juan Bautista Bilbao Lopategui	
Seleccionado	44	Juan Carlos Fernández León	
Seleccionado	45	Nuria C. Botey	
Seleccionado	85	David González Torres	
Seleccionado	90	Luis Borja González Alpuente	
Seleccionado	130	Miguel Ángel López Alba	
Seleccionado	137	Diego Casado Rubio	
Seleccionado	145	Sara Mateu Turrero	

POESÍA

Premios	Nº Obra	Nombre	Página
Primerº	10	Pablo Pérez Albalaejo	58
Accesit	25	Aníbal Cristobo Maldonado	70
Accésit	33	Julia Piera Abad	76
Accesit	47	Javier Vela Sánchez	84
Accésit	61	Pilar Fraile Amador	88
Seleccionado	16	Francisco Javier Cano Expósito	
Seleccionado	21	Miguel Pérez Alvarado	
Seleccionado	23	Felipe García Quintero	
Seleccionado	37	Carlos Contreras Elvira	
Seleccionado	58	Tomás Zacarías Martínez Neira	
Seleccionado	63	Andrés Sánchez Sudón	
Seleccionado	66	Silvia Terrón Fernández	
Seleccionado	68	Jesús González Vinuesa	
Seleccionado	83	Gonzalo Martínez Escarpa	
Seleccionado	93	Patricia Esteban García	

PREMIADOS

NARRATIVA

PRIMER PREMIO

María Folguera de la Cámara

ACCÉSIT

Gumersindo Puche Estevan
Enrique Edgar Rodríguez Garret
Ángel Ramón Pastor Rincón
Katixa Aguirre Míguel

SELECCIONADOS

David Lorenzo Magariño
Javier Federico Siedlecki Wullich
Juan Bautista Bilbao Lopategui
Juan Carlos Fernández León
Nuria C. Botey
David González Torres
Luis Borja González Alpuente
Miguel Ángel López Alba
Diego Casado Rubio
Sara Mateu Turrero



NARRATIVA

PRIMER PREMIO

MARÍA FOLGUERA DE LA CÁMARA

FORMACIÓN:

- Iº de Dirección de Escena en la Real Escuela Superior de Arte Dramático.
- 3º de Humanidades en la Universidad Carlos III de Madrid.
- Bachillerato de Humanidades en el Colegio Estudio.

ACTIVIDADES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS:

2001:

- Premio Arte Joven de Novela de la Comunidad de Madrid por “Sin Juicio”, publicada por Visor en 2003.
- Directora y actriz de la compañía teatral Simburka. Montajes: “La casa de Bernarda Alba” de Federico García Lorca.

2004:

- Directora y actriz de la compañía teatral Simburka. Montajes: “Dios” de Woody Allen y “El ladrón del Dux”, cuento popular veneciano; todas estrenadas en el Auditorio del Colegio Estudio.

EL NAUFRAGIO DEL BABILONIA

Artemisa odia enero. Lo odia por su humor imprevisible. Aquí, en Madrid, algunas mañanas interrumpen bruscamente el sueño con una lluvia violenta, que chorrea por las ventanas. Sin embargo otras, como ésta, la despiertan atrapándola en una malla de sudor y rellenándole la garganta de estopa para que no pida agua. A Kiko sin embargo nadie le ha puesto esa mordaza de aire seco, y además se remueve libre, aunque incómodo, por la cama. Levanta la cabeza, más infantil que nunca por el desorden de su pelo corto, y gime. Artemisa entiende que debe levantarse a encender el aire acondicionado. Un anzuelo invisible tira de sus huesos, vapuleados por el calor. La sábana se adhiere a su cuerpo como si se hubiera fundido sobre él, sobre esa cosita flaca, de articulaciones tan prominentes como las de un títere. Artemisa tiene los brazos desmayados, las clavículas como alambres; y sus caderas aletean como un pájaro preso, enfermo sobre sus dos patas largas y peladas. Gracias a ese esqueleto tan generoso, que no se reserva nada para sí, sino que comparte con todos el aspecto de sus costillas, su esternón, sus cuencas y sus omóplatos, conoció a Kiko. Los presentó el diseñador italiano en una fiesta. Ella llevaba un vestido de gasa azul, y Kiko repitió su nombre sin poder apartar la vista de los minúsculos botones que aquella chica tenía en el tórax. Sintió la urgencia de pintarla. ¿Sería capaz de dar dos pinceladas tan pequeñas que lograsen dibujar sus pezones? Atropellado, como los niños cuando les retan, juró perseguirla. Pero no le haría falta: su musa ya sabía quién era él, y se dejó amar, siempre con languidez porque intuyó que así lo prefería el artista. Hay otros momentos, como éste, en que a Kiko la languidez le exaspera. Por eso Artemisa se levanta de la cama y corre a encender el aire acondicionado, que se despereza con un ronroneo, y que enseguida deja caer su zumo helado. Se le ocurre, además, darle una sorpresa a su novio - mi novio, mi novio, mi novio, como se repite a sí misma para distinguirse de las otras- y preparar un buen desayuno.

Una nevera vacía impide preparar un buen desayuno, así que aquí tenemos a nuestra heroína, vestida frente a la puerta del ascensor, con el monedero en la mano. Pero por más que apriete el botón, no se oye nada. Con esto no contaba. Tampoco contaba con mantener una conversación con el vecino de al lado, que también quiere coger el ascensor, y está a su lado, blasfemando. Siempre es un fastidio coincidir con un desconocido en un espacio estrecho, y decir hola qué tal sabiendo que son palabras como rulos de cartón, que caen al suelo con un ligero ruido y ni siquiera sirven para resbalar, porque al pisarlas se aplastan. En

realidad, a ella no le molesta tanto el hueco que atraviesa esas palabras como el sonido que la obliga a salir de su ensimismamiento. A la conversación insípida está acostumbrada, es un requisito indispensable en su trabajo; lo único que desea es no tener que esforzarse también al acercarse a casa. Esta mañana el sacrificio dura más de lo habitual. Llevan diez minutos esperando. Es un edificio moderno, inteligente, insisten. Alguien tiene que arreglarlo. Al fin, Artemisa decide volver al apartamento. Ella lo siente como una renuncia, una cobardía. Pero no se le ocurre ningún modo de bajar, como no sea en ascensor, y evidentemente tampoco puede arreglarlo. Así que entrará dentro y estará muy atenta al ruido del descansillo. Deja sola al vecino, que maculla algo sobre los doce pisos que tendrá que bajar.

-¿Arte? - dice Kiko desde la cama al escuchar que se abre la puerta. Artemisa le saluda amorosa, y él pregunta qué hay de desayunar. Ella se acerca, le besa la frente y le cuenta que quería comprarle ensaimadas y granizado de café, pero el ascensor se ha averiado. Kiko dice:

-Ya; seguro que está roto.

Y se levanta en calzoncillos, con su simpático pelo corto erizado, y camina por el pasillo hasta la puerta. La abre, y se encuentra al vecino, que le confirma que ahora va a llegar tarde o no sé qué; a Kiko no le interesa nada su historia y cierra la puerta apresuradamente. Vuelve a la cama, donde Artemisa sigue sentada, mirando al suelo con la boca fruncida en un mohín. Para que veas que no tienes por qué desconfiar de mí, protesta. A Kiko no le gusta equivocarse, y mucho menos delante de ella. Malhumorado, gruñe que algo habrá para comer. Daremos otra oportunidad a la cocina, a ver si en este breve espacio de tiempo ha podido inventar pan tostado, revuelto de huevos, tortitas con nata y caramelos, café con leche o incluso un mayordomo.

Hace cinco minutos enero se agrietaba bajo el sol, y al sol lo veíamos a través de la ventana hecho una esfera poderosa, estricta, señor del hormiguero cobrizo y proletario que es esta ciudad. Nosotros no le pagábamos impuestos a esa, ¿cómo nos atrevíamos a llamarla?, pelota presuntuosa. Estábamos aislados en la brisa refrigerada de nuestra atalaya, que se alzaba desafiante; nos negábamos a inclinar la cabeza como el resto de los mortales, y eso nos hacía sentir inmortales. Pero hace cinco minutos el susurro ha parado. Una quietud aterradora se ha adueñado de todas las habitaciones.

-¿Y ahora qué?- ruge Kiko desde la cama.

Se ha estropeado el aire acondicionado. ¡Se ha estropeado el aire acondicionado!

Desde hace cinco minutos las olas de aire fresco retroceden, se encogen en cada esquina y se enrollan con timidez. Los rayos entran satisfechos, ansiosos por denunciarnos y proclamar la justicia social. Pero sólo encuentran a Artemisa sentada en el salón, tomando su cápsula de ginseng, y un disco de arroz inflado que encontró en un armario. Va a empezar a sudar de un momento a otro. A ella le gusta sudar, pero en el gimnasio, y ducharse después alternando agua fría y agua caliente. Sudar sentada en el salón es desconsolador. Quizá una voz amiga sirva de alguna ayuda. Nuestra heroína coge el móvil y repasa su agenda entera. Se decide por la primera de la jota, Jezabel.

- ¡Hola, Arte, pitusi! Estoy esperando para entrar a un casting. A lo mejor tengo que colgarte de un momento a otro.

Esto sí que duele. Artemisa siente que Jezabel está en deuda con ella. ¡Cuántas veces la ha escuchado desmenuzar sus inquietudes! Y bien sabemos lo que le cuesta mantener una charla sencilla, ¡con más razón dar consejos! Es cierto que Jezabel siempre expone los mismos problemas, que se alternan periódicamente: cree que nunca triunfará en esta profesión, cree que todos los hombres son unos canallas, y cree que aunque no consiga reducir muslos es demasiado joven para recurrir a la cirugía. ¿Debe o no debe escuchar por una vez a su amiga? Definitivamente sí. Artemisa hablará. Se lo cuenta: no veas qué mañanita, me estoy muriendo de calor. Éstas son la primera y la última frase de su planto. En medio también le ha confesado que tampoco funcionan la tostadora ni el microondas, ni el equipo de música ni la televisión, y es cierto. Los enchufes no responden.

- Pues sí que tenéis ahí una buena - dice Jezabel, y la verdad es que no parece contagiarde de la desesperación-. ¿Qué pasará, que no hay electrificación de ésa?

Su amiga titubea, humillada. No se le ocurría el motivo de tanto silencio. Por primera vez en su vida apretaba un botón y sin recibir ninguna luz azulada o verdosa, y eso bastaba para entender que todo saldría mal. No esperaba

explicaciones. Pero Jezabel sí parecía buscarlas. Era una chica muy culta, había viajado mucho y leía revistas de moda extranjeras, por eso sabía qué era eso de la electrificación; ahora veía claramente Artemisa que estaba en desventaja frente a ella. Decide que se le da mejor ser su pañuelito, y así además podría aprender cosas. De ahora en adelante callará.

Pero a Kiko no le importa la resolución que haya tomado su novia acerca de la amistad. Entra en el salón, rascándose la cabeza, soñoliento, y la encuentra sentada en el sillón ergonómico, con las piernas cruzadas, recogiendo con el dedo las migas del disco de arroz que han caído sobre la mesilla. Dice hola y va a la cocina a buscar algo para comer, porque - ¡cómo disfrutamos silabeando estas palabras! - tiene mucha hambre. Y Artemisa se queda en el sillón, atemorizada pero convencida de su inocencia, intuyendo cómo va recorriendo toda la cocina, tocando todos los botones, asombrado. De repente Artemisa recuerda algo que vio, una vez que viajaba en coche, a un lado de la carretera. Era un desguace de automóviles. Los cacharros se acumulaban unos contra otros, salpicados de barro, abiertos; parecían uñas arrancadas. En la cima había un chuchó atado, que ladraba sin descanso. Y Artemisa tiene que dejar de recordar porque la silueta de Kiko reaparece en la puerta del salón. Ella dice, mi amor, que estarán a punto de arreglarlo, y ni siquiera intenta creérselo. Cómo no recordar el desguace. Kiko se dirige abatido hacia el sofá y se deja caer. Mira al techo durante unos minutos, perplejo.

-¿Has hablado con los vecinos, a ver si les pasa lo mismo?

Ella niega con la cabeza, y sus ojos se refugian rápidamente en una esquina del sofá. Kiko se indigna, la llama pusiláime - probablemente, algo menos rebuscado-, y la envía en arriesgada expedición al exterior, para hablar con los vecinos. Él no va porque se siente incapaz de afrontar la mediocridad ajena a estas horas. Artemisa, que tampoco tiene vocación de diplomática, va a regañadientes. Llega a la puerta del vecino y llama. Abre una señora menuda, de grandes ojos negros. Nunca la había encontrado en el ascensor. Se presenta como la señora de la limpieza, y dice que los dueños no están.

-¿Tienen ustedes electrificación? - se aventura a balbucear nuestra heroína.

-No, no. Hoy hay que limpiar todo con escoba y trapo, nada de aspiradora.

-Y... ¿los señores dónde están? - dice desorientada.

-Han salido - repite, atónita. ¿Qué le parecerá tan divertido?

-Pero, ¿cómo han salido, si el ascensor está roto? - otra mueca de perplejidad,

y Artemisa querrá darle una bofetada, por grosera.

-Han bajado por las escaleras. Y para llegar hasta aquí yo he subido por ellas.

Hay que volver a casa. Se despida, se da la vuelta, entra y cierra la puerta. Apoya la frente contra la madera, que a juzgar por la temperatura debe estar a punto de chorrear barniz. Estamos perdidos en una jungla de pasillos, cables y enchufes yertos. La escalera, una criatura legendaria. Nadie sabe cómo es realmente ni dónde está. Se dice que a su paso las paredes se derrumban, y las batidoras giran, y los altavoces cantan, y las tostadoras brincan, y los microondas tintinean. A lo mejor es sólo una fantasía, que ayuda a sobrellevar la implacable fuerza de esta prisión.

-¿Qué han dicho?

-Que ellos tampoco tienen electri... electri...

-Electricidad - dice Kiko.

-Eso.

Han pasado dos días desde que se averió el ascensor. Los móviles se quedaron sin batería, y no hemos podido comunicarnos con nadie en las últimas veinticuatro horas. Se están acabando las reservas de ginseng, de yogures de cereales y de cereales con fibra. Kiko juró que moriría antes de comerse esas varitas de merluza congeladas. Digamos mejor varitas de merluza, porque el congelador sufre el mismo abandono oxidado que el resto de electrodomésticos. Por supuesto, tampoco hay luz, y ayer por la noche tuvimos que alumbrarnos con el resplandor naranja de las farolas de la calle. Es decir, que estábamos a tientas en el duodécimo piso. Kiko, cada hora que pasa, está más huraño. Ha dicho que esta intensa convivencia le hace percibir su propia hipocresía, que no soporta la vida en pareja. Artemisa intentó apaciguarle preparando una cena romántica a la penumbra de las farolas, y colocó sobre dos platos unos ramitos de apio, unos restos de sushi, y lo regó con salsa de soja. Él vagaba por la casa, consolándose con la idea de que por lo menos estaba sintiéndose un espíritu atormentado de verdad, y entró al salón. La vio sentada sobre la mesa, con su vestido rojo de Vinicio Pajarico. Se llevó las manos a los ojos.

- Lo que me faltaba - farfulló. Cogió su plato de apio y sushi y se retiró a la bañera para devorarlo a solas. La bañera, claro, tampoco se utiliza, porque no hay agua caliente. Artemisa ha intentado ducharse, pero su piel se ponía morada, y

al estar pegada al hueso su desnudo adquiría un aspecto demasiado cadavérico. Siempre se ha buscado demacrada, pero esto ya es demasiada franqueza, que hoy en día nunca gusta.

Cuarto día sin electrificación. Ya no quedan víveres. Ayer por la noche Artemisa iba al baño y se cruzó con una sombra esquiva: Kiko. Fue la primera noticia de él en doce horas. Ahora nuestra heroína está sentada en el pasillo, abrazada a sus rodillas, y va encajando en ellas las cuencas de sus ojos, una y otra, una y otra. Si aprieta fuerte ve chirribitas rojas y verdes. Se le ha ocurrido que quizás también tenga dotes para la pintura. Pero este pensamiento ha durado más bien poco. Quién puede reflexionar nada cuando el calor se cíñe a la nuca y trepa por las sienes, llega hasta la coronilla, y desde allí se desparrama hacia la frente, bañando toda la cara.

Se oyen unos pasos acercándose. Artemisa levanta la cara. Es él.

- Sal fuera. Pide comida a los vecinos. Quizá tengan algo para compartir. Diles que si nos dan, cuando todo esto acabe, les dejaremos usar el sillón para masajes. ¡Incluso les daremos dinero!

¿Dinero? Sí, Kiko revela que tiene un cheque de su padre. Iba a ingresarlo el día en que se averió el ascensor. Artemisa obedece silenciosa. Se levanta apoyándose en la pared, y camina despacio, encorvada y débil. Abre la puerta. Kiko le recuerda que la espera, y su frase suena como el ladrido del perro del desguace, Yo te espero aquí, Artemisa. Hacía mucho que no decía su nombre. Es probable que nunca lo hubiera dicho completo, siempre lo había dejado en Arte. En cualquier caso Artemisa no se fija en este detalle. Asiente con la cabeza y entorna la puerta al salir. Es temprano, porque no salió el sol hace mucho, así que encontrará a los vecinos. Aunque si topara con la asistenta tampoco le molestaría, ya se ha comido la vergüenza: la puso de guarnición con las últimas varitas de merluza. Llama a la puerta. Abre el señor que quería bajar al garaje el primer día del desastre.

-Hola - dice, y su rostro se alarma cuando ve el estado de su vecina-. ¿Se encuentra bien?

-Oiga, usted conoce la manera de salir de aquí. Dígamelá. No tengo dinero ni comida, pero sí la voluntad de tumbarme sobre su felpudo hasta que me dé el plano de esa famosa escalera. Dará muy mala impresión a su señora y su asistenta.

Nuestra flaca tardó en unir todas las palabras, es cierto, y seguro que no se expresó así. Pero al fin y al cabo obligó al atónito vecino a salir del umbral, a acercarse a una puerta que había al lado del ascensor, a abrirla y a invitar a aquel rascayú a asomarse. Nuestra flaca se asomó y vio un entramado vertical de escalones, que se trenzaba dejando un hueco alrededor. Miró abajo y arriba y comprendió que al descender daría con la salida. Dio las gracias y se despidió. Le costó un par de horas aprender el mecanismo por el cual se baja una escalera. Pero Artemisa, firmemente aferrada a la barandilla, lo consiguió. Un pie, otro pie, un pie, otro pie. La calle la recibía al final. Era un murmullo de tráfico, de adoquines levantados, de niños gritando, de paraguas abriéndose. Enero se deshacía en una tormenta eléctrica y violeta.

ACCÉSIT

GUMERSINDO PUCHE ESTEVAN

- En 2005 cursa cuarto de Dramaturgia en la RESAD. Lugar por el que ya pasó en 1992 en la disciplina de Interpretación.
- Es productor y actor de la compañía Atra Bilis Teatro, dirigida por Angélica Liddell con la que colabora desde 1993.
- Publica en 2004 Más al norte en la colección Teatro. Piezas Breves de Espiral/Fundamentos.
- Ha tenido el privilegio de asistir en su carrera de dramaturgia a las clases de Ignacio Amestoi, Ricardo Doménech, Juan Mayorga entre otros.
- En la actualidad Luis Landero es profesor en su último curso, eso ya son palabras mayores.

VIENA. ¿DÓNDE DICES?

Tengo un defecto al hablar que me impide pronunciar el nombre correctamente. Todos entienden Viena cuando nombro el lugar. Viena es el principio y el fin de mi historia. Un pueblo entre el mediterráneo y el páramo que anuncia Castilla. Tierra de soberbia y frío. Sólo os contaré el origen.

Empiezo con los dieciséis años, el día que mi padre ha decidido comprarse un batín rosa. Un batín rosa de terciopelo. Mi madre y mis hermanos se han negado. Pero mi padre lo ha traído esa misma tarde y se lo ha puesto. Anda por la casa con un batín rosa de terciopelo y unas zapatillas de cuadros escoceses. Imagino que cuando alguno de mis amigos vea a mi padre con el batín rosa creerá que mi padre es maricón. Lo mirará aguantando la risa y pensará - este tío es maricón de pies a cabeza-. A mí en realidad me la suda que mi padre vaya con un batín rosa. Lo veo pasar por la cocina, feliz, con su nuevo batín, y no siento ningún asco. Eso creo que ya es bastante, no sentir ningún asco por un padre que va con un batín de ese podrido color. Sin embargo mi madre no le ha hablado en toda la tarde. Lleva siete horas sin dirigirle la palabra. Es posible que sea una indirecta, supongo que cuando alguien no sabe cómo mandar por el culo al prójimo se compra un batín rosa y se lo pone. Supongo que mi padre no sabía cómo mandar por el culo a mi madre y por eso va vestido como una maruja cincuentona con pelos en los pies y sin tetas.

Yo a mi padre no le quiero. Cuando de pequeño me preguntaba si le quería le contestaba siempre que sí. Pero no le quiero. Me da un poco igual. Es como un vecino, o como el conductor del autobús en el que voy al instituto; ese hombre al que miro a los ojos cada mañana sin decir los buenos días.

Sin embargo mis abuelos me encantan. Son la hostia. En la casa de mis abuelos siempre hay un conejo congelado. Lo ponen sobre el brasero junto a los pies y descongelan uno cada día.

Mi abuela es gorda y está paralítica, más o menos paralítica. Podría caminar pero su gordura se lo impide. A los dos días de quedarse viuda de su primer marido se fue a una fiesta de carnaval. Camuflada con un antifaz se cayó por las escaleras y se partió la cadera. Tenía veinticinco años. El pueblo entero consideró que fue un castigo de su difunto marido. Las mujeres coincidían en que lo que le hacía falta a mi abuela era que le pusieran una brasa en sus genitales, no bastaba con haberse quedado coja. Las mujeres son las primeras en torturar a las mujeres con los asuntos del luto.

El conejo derrama agua y sangre a los pies de mi abuela. Mi abuelo se ríe

tensando los labios cuarteados por el frío. Con ochenta años sigue subiendo a podar los olivos. Siempre va apoyado en su bicicleta. El frío adorna sus orejas con pupas negras por los sabañones, y con grietas en los labios que nunca terminan de curarse porque siempre se está riendo.

Mi abuela aplaude al ver saltar un conejo de cuerda que ha comprado mi abuelo. El conejo salta y da volteretas. Mi abuela aplaude y ríe haciendo bailar la dentadura postiza que gira en su boca y se vuelve a encajar; así que los dientes aparecen y desaparecen produciendo un efecto mágico, mi abuela se convierte sin saberlo en una maga que hace trucos para mí.

Mi abuela me cuenta que a los veinticinco años dejó de ser guapa, que al romperse la cadera se rompió su belleza. Ahora es fea. A pesar de que la quiero me da bastante asco. No me gusta el olor de mis abuelos. Huelen a conejo muerto. El olor es lo peor de los viejos. Si no olieran tan mal sería agradable estar con ellos todo el día. Por eso siempre están solos, porque nadie aguanta su olor. Te cruzas con un viejo simpático y a al sonreírte exhala un bufido de estiércol por su boca. Es asqueroso ser viejo. Odio la canción que dice “cuando yo sea mayor como mi abuelito”, no sé cómo continúa, pero es una mierda de canción. Yo, cuando sea mayor como mi abuelito me pegaré un tiro por lo menos.

Cuando el conejo está casi descongelado mi abuelo lo golpea en el mármol bicolor de la cocina. Un mármol sin brillo de tanto lavarlo con limón. Lo golpea para blandearle los músculos, dice. Los conejos tienen los músculos tensos y después no se pueden masticar con las dentaduras postizas, se enganchan los pedazos de carne y no se pueden sacar entre los dientes, dice. Comen conejo cada día porque es la carne más barata. A mí el conejo no me gusta, sabe a muerto. El pollo es diferente, los pollos no son iguales que los conejos. Matar a un pollo no es lo mismo que matar a un conejo. Los conejos no gritan. Son una especie de víctimas indefensas desde que nacen. Matar a un conejo es como matar a un recién nacido, ninguno de los dos sabe que lo están matando, nacen con la idea fija de masticar hierba, no de luchar, me refiero a los conejos. Si corren en el campo es porque disfrutan corriendo, gozan al sentir el viento en su piel. Vaya cursilada, imagino al conejo corriendo con las orejas al viento y dando saltos entre las flores, y de repente siente un calor en la nuca y son los jodidos colmillos de un perro conejero.

Han transcurrido dos días desde que mi padre llegó con la bata rosa. Se la pone sin ropa interior debajo. Al sentarse en el sofá a veces se le pueden ver los vellos del pubis. El pubis de mi padre es frondoso, extraordinariamente negro, alguna vez lo he visto salir de la ducha y me he sorprendido al ver la masa negra de pelo. Lleva dos días sin ir al trabajo. Era su cuarto trabajo en lo que va de año.

Se dedica a aparcar coches en un restaurante. En una ocasión se peleó con un cliente que pretendía dar una paliza a su mujer. Al final fue mi padre el que recibió la paliza. Casi lo despiden, y la mujer estuvo a apunto de ponerle una denuncia por haber pegado a su marido. Es un buen conductor, muy cuidadoso con los coches, los mima, nunca le ha hecho ni un solo arañazo a ninguno. Es un trabajo que lleva haciendo más de ocho años. Pero sabe hacer muchas más cosas. Aunque mi madre le dice que es un inútil, sabe hacer un montón de cosas. A mí me ha enseñado a limpiar la bicicleta con gasolina; a comer con palillos; a gritar dentro de un cubo de plástico con todas mis fuerzas para desahogarme sin molestar a los vecinos; a conducir con las rodillas; a beber vino por la nariz. No creo que sea ningún inútil, al contrario, es un hombre muy inteligente y sensible, por eso en el fondo me da un poco de pena no sentir ningún amor por él. En todo caso lo aprecio, pero no siento ningún amor.

Mi madre es diferente. Lo que siento por ella no es amor tampoco, pero he pasado tantas horas de mi vida con ella que al menos tengo una deuda: no la quiero pero me siento en deuda con ella. Es igual que si me hubiera salvado la vida en un incendio; no la amo pero le debo la vida y eso es bien jodido, porque aunque no la soporte he de llegar hasta el final sin que se entere nunca, ese es el pacto, nunca ha de enterarse de que no la quiero.

Mi madre trabaja limpiando casas, colegios, guarderías. Ha limpiado tanto que cuando le preguntan qué ha sido para ella tener hijos, siempre contesta entre risas que para ella tener hijos significó limpiar mierda unos años. Su vida se reduce a limpiar. Uno se pasa la vida ensuciando y ahí está mi madre para limpiar. En el colegio recuerdo que los colegas meaban fuera del báter como gamberrada, yo también lo hacía pero sabía que mi madre sería la que terminaría fregando esos orines. Tirar un papel al suelo significaba pensar en mi madre. Vomitar, cagar, cualquier acción relacionada con ensuciar un centímetro de mi entorno se traduce en la imagen de mi madre con los guantes de goma. Lava la ropa; cada día tiende una lavadora. Lava los platos; un día se me ocurrió calcular los platos que podría haber fregado mi madre y creo que llevaba por aquel entonces cerca del millón de platos. Fregar un millón de platos es una tarea tremenda. Es dedicar parte de tu vida a quitar las sobras de comida que dejan los demás en los platos; salsas, postres, todo fregado con las manos de mi madre. Toneladas de residuos que mi madre ha ido enjuagando día tras día. Me alegro de no haber nacido mujer. Es lo peor que le podría pasar a un hombre, nacer mujer. Eso de limpiar no es lo mío. Menos mal que están las mujeres. Limpiar es muy aburrido y monótono. Yo no puedo comprender cómo puede aguantar mi madre. Una de sus hermanas acabó ahorcándose y es normal, yo también me

ahorcaría si fuera una mujer y tuviera que fregar un millón de platos durante mi vida. Y mi madre además limpia la mierda que se queda pegada en los báteres de las casas en las que sirve. No le basta con limpiar la mierda que se queda pegada en el báter de nuestra casa, sino que además tiene que limpiar la mierda de los otros, y en ocasiones lava la ropa de otras casas. No es gente muy rica, con lo cual es más humillante, porque si vas a limpiar a casa de uno que es rico lo aceptas, como el que acepta una joroba, pero los que no son ricos del todo te hacen ver la joroba que crece en tu espalda, la sacan a la luz y te humillan.

Cuando mi madre viene de limpiar las casas de ese tipo de gente nos odia más; nos grita más. Por eso ahora creo que está enfadada con mi padre, no porque él no haya ido hoy a aparcar coches, ni tampoco porque lleve puesto ese jodido batín rosa, no, nada de eso, grita porque le han destapado la joroba en una de esas casas de gente normal pero con bastante dinero.

Yo no pienso trabajar para otros. Ni en casa de otros como un puto criado. Porque los que trabajan para los otros acaban siendo esclavos. Les falta llevar collar. Sería mejor que a los adultos les pusieran collares para distinguir mejor a los libres de los esclavos. No es necesario llevar collar, lo sé, porque los que no llevan collar viajan en taxi, nunca verás a un hombre sin collar viajar en autobús o en metro, van en taxis. Gritan ¡taxi! y el taxista se detiene con su collar de esclavo. Y pregunta como un loro - ¿a dónde? -

Los que llevan collar siempre llevan ropa vieja. En eso ya me están adiestrando mis padres, siempre llevo ropa vieja; la ropa que llevaron mis hermanos. No recuerdo haber sentido el roce de un tejido nuevo: un calcetín, o calzoncillos, nada, ni un pijama. Siempre son jerseys con bolitas, camisas con el cuello desgastado, pantalones con rodilleras. Soy uno de esos futuros adultos con collar. Aunque me niegue vendrán y me engancharán ese collar de por vida. Estoy destinado a ser un esclavo de por vida, a servir. Como mi padre. Como mi madre. Servir a los otros, quitar la mierda que van dejando por el mundo los hombres libres. Ser libre significa ir cagando poco a poco mientras los esclavos limpian rápidamente tu mierda. Ser libre es ir caminando por encima de las espaldas como si fueran baldosas.

Los que llevan collar son peores que los hombres libres. Porque saben cómo es la libertad. La reconocen en el instante, pero son incapaces de sentirla, no pueden, saben que no habrá nadie detrás de ellos para limpiar la mierda que han dejado. Y eso le pasó a mi abuelo. Se comportó como un hombre libre sin darse cuenta que se le acumulaba la mierda cada vez más. Jugó sin parar, día y noche, jugó sin parar a las cartas mientras en su casa iba creciendo el hambre y el frío como una muela infecta. No volvía a casa en semanas y cuando lo hacía

contagiaba a mi abuela de sífilis. Eso es lo malo de creerte libre cuando llevas el collar de esclavo, que nadie viene a limpiarte la mierda que vas dejando por detrás.

Siempre le he robado dinero a mis padres. Lo aprendí de mis hermanos. He aprendido de mis hermanos seis cosas; a robar dinero a mis padres sin que se enteren; a masturbarme sin hacer ruido y correrme sin respirar; a llevar el pelo siempre corto para no constiparme; a saber todo lo que hay que saber de las mujeres; a mirar al que te habla a los ojos como si fueras a rajarlo; a crujirme los nudillos. Hubiera preferido descubrir las cosas por mí mismo y no que alguien me destripara el misterio de los acontecimientos. De hecho si me voy esta noche es gracias a mis hermanos, sin ellos jamás habría odiado lo suficiente como para huir, y tampoco habría descubierto la madriguera donde mis padres esconden el dinero debajo de los calzoncillos. Me ha costado decidirme. Echaré de menos a mis abuelos, podría esperar a que se murieran pero ya está decidido, nunca más sabré de ellos.

No tengo ganas de irme hoy. Deseo escaparme, pero hoy me da bastante pereza. No soporto respirar ni un minuto más en esta casa, sin embargo es asombroso lo que me cuesta hacer la maleta, meter lo básico en un macuto y largarme para siempre. Me da pereza largarme para siempre. La costumbre me pesa como si llevara una muerta a los hombros. La costumbre de levantarme por la mañana y discutir con mis hermanos a la hora de ir al baño; las comidas que hace mi madre con una monotonía monacal; en el fondo vivo como un puto rey. Mi madre se siente tan acostumbrada a la esclavitud que la utilizamos como si fuera una cadena del báter. Mi padre y mis hermanos vivimos servidos como reyes, somos los reyes en tocarnos los cojones eternamente. Llegamos a casa y lo primero que hacemos es echarnos en el sofá. Tirarnos a lo largo como una sombra y dejar que la sangre se apelmace calentando los cojines. Y miramos la tele mientras mi madre limpia y cocina cada día de su vida. Prepara lo necesario para que los tres hombres de la casa nos sentemos a la mesa y metamos el contenido del plato por nuestras bocas como el que llena una poza. Las cucharas entran y salen por las bocas desgastándose cada día un poco más, y mi padre grita a cada rato una frase- ¡no cortes el queso así! - y va y lo corta de un modo absurdo. Al cabo de pocos minutos salta otra frase por su boca revuelta con lentejas - ¡no mojes en la fuente! - y al rato moja él y te obliga a echarte la cantidad exacta que vas a comer en el plato, se queda mirando cómo dejas el fondo, en el caso de que haya restos de salsa te obliga a pasar un trozo de pan hasta dejarlo limpio y añade:- hay que quitarle trabajo a tu madre- .

Mi madre no se ríe nunca en las comidas. Se sienta en un pupitre pequeño, mi padre encontró un pupitre escolar y lo trajo a casa hace años, un pupitre marrón en el que come mi madre desde hace una década. Le construyó una silla con una caja de frutas verde porque las sillas que habían en casa eran demasiado altas. Mi madre lleva comiendo sentada en esa caja de frutas verde más de diez años. La caja de frutas se ha ido combando, con lo cual a veces miro a mi madre y la veo un poco torcida, como esos muñeco de plástico que se han ido doblando por el calor del sol. Después de la naranja, nunca ha habido otro postre, después de la naranja mi padre estira los brazos y dice:

- Haz lo que yo diga pero no lo que yo haga, para mí ya es tarde, son demasiados años con este vicio, pero vosotros sois jóvenes, así que como os vea estiraros en la mesa os parto el alma.

Repite la misma frase, suelta una risa corta, como si se atragantara con un pelo, y se va al salón a seguir tocándose los cojones lentamente.

Tengo pereza de escaparme esta noche. Pero me voy para siempre. He sacado un billete para el tren de media noche, y si ahorro algo de dinero cuando trabaje me marcharé a otro continente, al sur, un lugar cálido donde el invierno sea verano a todas horas.

He metido pocas cosas en el macuto. No tengo demasiados trastos. Me da vergüenza llevarme un ciclista que guardo desde la infancia. Fue mi primer regalo de reyes. Creo que yo tenía como seis años, o siete, recuerdo la noche en que mis padres entraron en la habitación mientras dormíamos y dejaron el ciclista de plástico en mi zapatilla de lona azul. Fue mi primer y único regalo de Reyes en toda mi vida. Guardo el ciclista no porque me convenga sino porque me sirve para tener noción del paso del tiempo. El día que lo pierda olvidaré mi infancia y eso significará que ya seré un viejo preparado para morir. Siempre he creído que los viejos sobreviven más no por la salud sino por los recuerdos. No me gustan los viejos y menos la idea de imaginarme viejo, de hecho siempre pienso que me mataré antes de ser viejo, no porque sea un cobarde suicida sino porque no soporto la idea de que me fallen las fuerzas. Pero creo que si pierdo el ciclista pierdo un recuerdo y me da la sensación de que ya tengo medio pie en la tumba.

El resto de las cosas no me importa dejarlas. Seguro que mis hermanos se pelean por los restos. El mediano querrá mi ropa para vendérsela a algún colega. Tampoco pienso llevarme ninguna fotografía. Olvidar caras es más fácil sin fotos.

Mi madre nunca quiere salir en los retratos, si aparece en la foto del libro de familia es porque era obligatorio. Se ve a una mujer cansada y seria, con la cara hinchada por su último parto, es decir, mi nacimiento. El pelo recogido

hacia atrás, pegado al cuero cabelludo, brillante y negro como el de una india. Peina su melena cada noche cien veces. Tiene un pelo fuerte y grueso, una melena femenina para una vida de bestia. Es lo único que cuida, su pelo. En la foto mira en otra dirección que el resto. Una mirada que se sale del objetivo, quizás en el instante de la foto su única idea era la de salir de aquella habitación corriendo, tirar el bebé que sostiene como un fardo y salir corriendo, es una mirada de alguien que tiene úlceras en los ojos provocadas por la sombra de los “sin aire”, aquellos que ya no pueden respirar más. En un cumpleaños alguien hizo una foto sin que mi madre se diera cuenta. Cuando la revelaron se la podía ver al fondo de la cocina, desenfocada. Al verse en la foto no pudo evitar derramar una lágrima, lloró sin fuerzas, nunca he sabido por qué odia salir en las fotos, supongo que se debe a que ya es vieja y no soporta mirar a una mujer deformada, sí debe ser que no soporta descubrir su cuerpo grueso y pesado como el de un buey moribundo. A veces me pregunto cómo es capaz de levantarse por las mañanas y volver a vestirse, me pregunto por qué no se queda echada para siempre en la cama hasta fundirse con el colchón y descomponerse sin que nadie se de cuenta.

Son las once de la noche. Llevo puestos dos pares de calcetines, por si llueve. Le he robado varios calzoncillos a mi hermano. Si amaneciera en casa me despertarían sus puñetazos en la espalda y su respiración sin palabras. No le hacen falta las palabras para prohibirme tocar el cajón de su ropa interior. Pronto dejaré atrás los puños de mi hermano y su respiración sin palabras. Me llevo una libreta y un lápiz, quiero apuntar las estaciones por las que voy pasando. Apuntaré las horas y las estaciones para saber cuántos minutos pasan y cuántos kilómetros me separan de esta cueva. Desde que se fue mi hermano mayor hace un par de años la vida ha sido más dura. Antes dormíamos los tres juntos, pero él marcaba la disciplina y el orden. Era como vivir en un cuartel, sabía mandar, y nosotros sabíamos obedecer. Pero ahora el mando lo lleva el segundo de mis hermanos. La casa es su propiedad, la manta en las noches de frío es suya; el orinal le pertenece; en el armario reserva tres perchas para mi poca ropa, y de los dos cajones me queda el hueco derecho del primero. Ahí se queda el hueco, el orinal y el frío.

Me voy, sí me voy...

Marcharme para siempre me hace pensar en la muerte. Supongo que todo el mundo ha imaginado su propio entierro. Metido en la caja, con algún traje, es curioso, yo no he llevado traje ni en mi primera comunión. Mi madre me compró un jersey de lana azul. Era más práctico ya que el traje no lo volvería a utilizar

nunca, sin embargo, aquel jersey- la única prenda nueva que he llevado en mi vida- aquel jersey, pensaba ella, podría llevarlo en cualquier otra ocasión. Acertó aquella vez, ya que lo he usado hasta hace poco, lo compró enorme para que me durara más. Y ahora pienso que si me hubiera muerto hace unos años, no habría tenido traje pare enterrarme, me habrían enterrado con ese jersey blanco. Se cuentan tantas historias de los muertos. Han sido muchos los que han resucitado a mujeres en la morgue mientras se las follaban. He oído muchos casos. Y siempre me he preguntado cómo se lo tomarán los familiares cuando se enteren que sus hijas o sus mujeres han resucitado mientras el enterrador se las follaba. Imagino la escena: el enterrador entrando al salón de los afortunados, ha sido invitado a tomar el té para darle las gracias por haberse follado a la hija, y allí la hija follada unos días atrás en la bandeja metálica del frigorífico municipal, le ofrece galletitas mientras sonríe con timidez. El enterrador que coge galletitas de té mientras recuerda el instante en que la muerta le apretó la cadera con las piernas frías pero con vida. Y la familia sonríe y toma el coñac más viejo para rendirle los mejores honores. La verdad es que si yo fuera mujer preferiría que me incineraran, no querría ni imaginar al aficionado de turno intentando resucitarme. Deberían castrar a los enterradores como a los eunucos, resucitar a un muerto no me parece algo sano.

Mañana no volveré a ver las caras gordas y feas de los profesores. Engordan de asco, les damos tanto asco que sus estómagos se llenan de grasa adolescente, nos succionan la grasa para acumularla debajo de sus calzoncillos y de sus bragas faja. Las profesoras llevan bragas marrones que les tapan hasta el ombligo para que la barriga no les salte como la pus. Incluso las profesoras delgadas llevan esa braga faja. Así los veía yo; así los miraba desde el interior de una fosa en la que iba a permanecer el resto de mis días. De ello estaba totalmente convencido hasta aquella noche. Para mí no eran más que unos encargados de cavar mi tumba cada día que pasaba a su lado, al igual que el resto de los adultos a los que veía desde aquella profunda fosa.

La de literatura, es gorda lleva la asquerosa braga faja, pero es diferente. Sus historias son lo único soportable. Los vestidos anchos y sedosos la convierten en una especie de muñeco sin patitas, como un tentempié que se desplaza siempre a punto de caer. Pero las historias la salvan de la mugre. Basta que empiece a leer una frase para que los párpados que tenemos en los oídos se abran a las aventuras que nos relata cada día. Llega, empieza a leernos, unas cuantas páginas, y después sale en silencio sin decir nada más. No se queda gritando y enseñando las amígdalas como lo hacen los otros. Apenas quince minutos de lectura, poco más, y el muñeco flotante sale rozando el suelo con la seda un tanto deshilachada

de su vestido. Hombres que viven solos en una isla, niños que tuvieron que vivir puteados por los padres incapaces de comprenderlos, mujeres que seguían amando hasta después de muertas, fantasmas vengativos sedientos de muerte; conozco los títulos de esas historias, por eso no necesito volver al instituto; tarde o temprano me acabaré encontrando con esos libros; tarde o temprano acabarán en mis manos. No será esa voz tan deliciosa de la profesora la que me los cuente, pero siempre podré imaginarla, es fácil imaginar una voz, repetirla en la cabeza, hasta los locos oyen voces en sus cabezas, es algo normal. Supongo que cuando uno se siente solo, lo primero que hace es imitar voces en la cabeza, si vives solo es como estar ciego, tarde o temprano acabas oyendo las voces de los que quisieras tener al lado. Y al revés también pasa lo mismo.

Mis padres no se oyen desde hace años. Tienen los párpados de los oídos cerrados. Emiten palabras sin oír nada de lo que dicen. Han repetido tantas veces las mismas acciones que se mueven gracias a un resorte invisible, como el que guía a los coches de feria. Si sustituyeran a mi madre por otra mujer que repitiera de idéntica forma sus acciones domésticas, mi padre no lo notaría. Aunque fuera más delgada, aunque tuviera veinte años menos o las tetas más gordas. Es más, no sólo no se oyen el uno al otro, sino no que tampoco se ven desde hace diez o quince años. El día que mi padre mire el cadáver de mi madre en el ataúd no reconocerá el cuerpo que haya frente a él; pensará que se trata de alguna vecina. Sin embargo, después del entierro se irán gastando los calzoncillos limpios, y cuando el cajón se haya quedado vacío mi padre mirará hacia atrás y se dará cuenta de que la mujer que se los lavaba cada semana ya no ocupa el hueco de la cama, un hueco que observa en ese momento sin conmoverse, sin derramar lágrimas, sin apretar la mandíbula; sólo verá un hueco en la cama y otro en el cajón de los calzoncillos; mi madre no vale más que un puñado de calzoncillos sucios.

No quiero pensar más en la muerte, estar muerto acaba siendo tan aburrido como las tardes de los viernes en las que me reúno con el Calvo, el Feo y el Gordo. El Calvo tiene dos años menos que yo pero aparece treinta. Se le empezó a caer el pelo a los trece años. Los conocí en el autobús. El autobús es uno de esos lugares en los que te subes y continúas con tu comportamiento de la intimidad; si vas con alguien sigues hablando con él como si no hubiera nadie a tu alrededor. Se sentaron los tres frente a mí. Enseguida me di cuenta que tenían miedo de molestar, - eran incapaces de ejercer el mal - se sentaron con las piernas juntas como si se les fueran a ver las bragas. No hablaban dando gritos como hacen el resto de los adolescentes, pero aún así la gente iba lo

suficientemente callada como para que se les pudiera oír. El miedo lo llevaban pegado a la suela de los zapatos como un resto de mierda, apestaban a miedo. Sentían miedo de los otros, de los que tienen las proporciones correctas: los hermosos y los fuertes. De los hermosos temían su poder. Los que joden a los demás siempre son hermosos, los líderes de las pandillas se caracterizan por el flequillo perfecto que les cruza la cara igual que una navaja bien afilada. Los hermosos joroban con gracia, como si esculpieran el sufrimiento sobre los mierdas. La belleza en los hombres es esencial si se quiere ejercer el mal. Es posible que se alíen con tíos monstruosos con el fin de que éstos ejecuten las palizas, pero de todas las pandillas que he visto en mi vida siempre eran respetados aquellos que superaban a los otros en las proporciones ideales de los huesos, o aunque sólo fuera la mirada, una mirada bella es suficiente para ponerse por encima de los demás, para ser temido. Los bellos absuelven al monstruo.

Mis amigos tienen miedo porque no encajan en esa jerarquía de poder. Están excluidos por carecer de cualquier rasgo que los salve de la fealdad, y ni siquiera tienen la fuerza que necesitan los sicarios que propinan las palizas.

La cara del Feo es larga a causa de una barbilla protuberante que le llega al esternón incluso cuando tiene la boca cerrada. Más que una barbilla parece una segunda frente. Siempre nos cuenta que sueña con una sierra que intenta amputarle la barbilla, una sierra que se descojoná mientras frota su barbilla porque tiene los dientes de plástico. Lleva ahorrando desde los diez años porque de mayor quiere operarse, está convencido de que si le cortaran la barbilla sería un tipo atractivo. Yo creo que si le desapareciera esa giba de la cara simplemente parecería un desgraciado con la barbilla normal, como tantos. Todavía le quedaría la nariz; su padre se la destrozó de una hostia cuando tenía siete años por negarse a subir en la moto con él. Y qué decir de los ojos, son como dos llagas mal curadas. Todos le llamamos el Feo, porque es su nombre natural, no podría llamarse de otro modo, sería como llamar perro a un árbol. Pero el Feo no es el que más miedo tiene de los tres. Tampoco lo es el Calvo, porque aún siendo el más joven de todos intuye que al cumplir los cuarenta acabará su pesadilla, sólo tiene que esperar veinticinco años para creerse normal. El que más teme es el Gordo. No teme por ser gordo, a veces los gordos han ocupado su lugar en las pandillas, tienen fama de ser fuertes e incluso de su gran resistencia al dolor. Sin embargo mi amigo no sólo es gordo - tanto que su cuerpo no cabe en el pupitre-sino que además tiene cara de niña.. Su cara de niña lo convierte en el más débil... esa cara de niña. Tiene cara de niña y pechos de mujer, unos pechos incluso más desarrollados que algunas chicas mayores que nosotros. Cada movimiento que

hace es grácil y ligero, y su voz, aguda, le convierte en la víctima preferida de los cabrones.

Mis amigos tienen miedo porque saben que no pueden ejercer el mal, quisieran ser malos pero son incapaces. Están excluidos porque ya son algo maligno, su existencia es una agresión al orden de las cosas, a esa perfección que exigen los que gozan de las proporciones, los hermosos. Molestan, y por ello ese empeño en joderles la vida, en partirlas la cara en cada esquina.

Y muchos os preguntaréis por qué soy el cuarto, por qué voy con un grupo de descalificados. Yo soy igual que ellos, tengo miedo, el miedo que siento me convierte en uno de ellos. Soy uno de esos cobardes incapaces de reventar a patadas a otro sólo por haberme pisado la mochila. No me importa que me pisen la mochila, pero tengo miedo de aquellos que te provocan sólo por el placer de reventarte la boca, de esos tengo miedo. Aunque mis hermanos me enseñaron a mirar al que te habla a los ojos como si fueras a rajarlo, en el fondo tengo miedo. Por lo tanto, aquel día en el autobús, cuando observé que se sentaban con las piernas juntas como si se les fueran a ver las bragas, y de que hablaban como mujeres recién salidas del cine, me di cuenta de que yo era uno de ellos. Descubrí mi cara reflejada en el cristal del autobús, una cara con granos, y me di cuenta de que estaba sonriendo; mi cara sonreía al escuchar la conversación de los que iban a ser mis amigos hasta hoy, hasta esta noche. Me aceptan porque soy el típico tío con granos, están convencidos de que soy igual que ellos por tener acné en la cara y en el cuerpo. Pero no es así, yo sé que se trata del miedo, ese miedo repugnante a la belleza y todo lo que arrastra el misterio de las proporciones.

Es tarde. Aquí la mochila; una vida a partir de la estación; un viaje a punto de empezar. Me dio tiempo a coger el tren nocturno, de esos en los que todas las ventanillas tienen las cortinas echadas, como si hubiera caído el telón para los viajeros. Un telón que también cayó para mí, dejando a oscuras aquella parte de mi vida que quise olvidar sin saber muy bien por qué. Os dije que sólo os iba a contar el origen, y éste acaba cuando subo al tren y oigo la letanía ruidosa de las ruedas que giran como histéricas a punto de llorar a cada vuelta.

Y entre tantos cachos de batalla me resuelvo como una zanja oscura, y dejo abierto el llanto al igual que una tijera. Hasta aquí: el origen.

ACCÉSIT

ENRIQUE EDGAR RODRÍGUEZ GARRET

FORMACIÓN:

- Licenciado en Historia 2003 en la Universidad de Alcalá de Henares.
- Estudios de traducción en el Instituto Internacional Sampere de Madrid.
- Estudios de Guión y realización en el Núcleo de Investigaciones Cinematográficas (N.I.C.) de Madrid.

EXPERIENCIA PROFESIONAL:

- Actualmente trabajando de traductor freelance inglés/español.

PREMIOS:

2002:

- 2º Premio; Certamen Nacional Fernando Quiñones de Relato. “Lo que hicimos por nosotros y por vosotros”.

2003:

- Mención especial; Premio de Relato “Ateneo de Córdoba”, “Geopolítica de una conversación”.

EL CONTORNO ES EL CONTENIDO

Hubo que esperar al año 2011 para que los científicos dispusiesen de telescopios lo suficientemente potentes como para rastrear el fondo de microondas, es decir, los límites y contornos del cosmos. Y puesto que, para atraer subvenciones, los astrofísicos llevaban diez años anunciado que, el día en que existiese un telescopio así, podrían al fin anunciarle a la raza humana la forma que tenía su universo, la expectación generada entre el público general era más bien alta. Sin embargo, una vez obtenidos los esperados datos, los desencajados científicos pidieron más tiempo y se encerraron en sus observatorios, laboratorios y centros de investigación, todos los cuales habían sido inmediatamente puestos bajo protección militar. Como es lógico, todo esto no hizo sino exacerbar la expectación de las masas, el suspense en las instituciones y la histeria de las minorías. Pasada la tensa cuarentena, el dos de Febrero del 2011, compareció finalmente el director del proyecto, arropado ante las cámaras por una pléthora de premios Nóbel. Tras unos cinco minutos de tecnicismos, dirigidos principalmente a sus colegas que le estarían escuchando en directo por todo el mundo, el director se dirigió al pueblo llano y nos confirmó que el contorno del universo había sido correctamente observado y delimitado, constatándose que el quasi-infinito conjunto de estrellas, sistemas, galaxias, conglomerados y nebulosas que conforman nuestro universo presentaban la forma de una nitidísima e incuestionable gallina. Dicho esto, el director bajó al suelo sus cansados ojos azules, esbozó una apacible sonrisa, como nostálgica, y mientras recogía sus papeles, completó “estamos en uno de los muslos”, tras lo cual abandonó la sala.

Así empezó el shock, cuando pasase, la reacción de los humanos cambiaría su historia para siempre. Para empezar, las portadas de los periódicos y noticiarios extraordinarios se aventuraron en mostrar simulaciones, la mayoría realizadas por maquetadores sin formación científica, de la gallina cósmica. La audiencia se disparó, y como tema de conversación, el descubrimiento se hizo hegemónico. Ante el silencio de las autoridades, el público deseaba saber, ¡Necesitaba saber!. En un primer momento, se permitió a la casta científica tomar las ondas, pero a las pocas horas quedó claro que ellos sólo podían defender la, por otra parte irrevocable y fría, veracidad del descubrimiento. Muy pronto los medios los dejaron de lado y en su lugar invitaron a teólogos, filósofos y artistas para explicar el descubrimiento desde otra perspectiva. Sin embargo todos ellos fracasaron también en el intento de contextualizar satisfactoriamente tamaña revelación. La impotencia de toda la especie se plasmaría en las palabras

de un catedrático de filosofía alemán que, por única intervención dijo en una voz muy baja, mientras se mesaba la barba “Nacemos y nos extinguimos en una gallina...” tras lo cual se quitó las gafas y cayó en un estado de profundo y meditabundo silencio.

El silencio se prolongaría unos días y alcanzaría a todas las personalidades y cuerpos, públicos o privados de cierta magnitud o relevancia. Los órganos directores de la especie estaban conmocionados, la reacción no podría venir sino desde abajo.

Las deserciones en masa, no podía ser de otra forma, comenzaron por donde más cruenta había sido la realidad hasta entonces, por donde más absurda se revelaba ahora: “No pienso matar a nadie dentro de una gallina, no voy a dejar que me maten dentro de una gallina, no tendría ningún sentido” fue la conclusión que de todo esto sacó John Everhart, cabo de infantería destacado en Irak, dando marcha atrás a la tanqueta que conducía cerca de Tikrit, regresando al cuartel, y paradójicamente abriendo el camino a todo un ejército.

En las semanas que siguieron, la era de la solemnidad llegó a su fin. Los ejércitos empezaron a desobedecer las órdenes, hasta que sencillamente dejó de haberlas. Los conflictos fronterizos y secesionistas quedaron congelados, pues nadie se veía con ganas de delimitar partes ínfimas de una gallina. Las dictaduras y regímenes autoritarios no tardaron en desmoronarse, ya que el miedo a expresarse desaparece en el momento en que el concepto más revolucionario que podría imaginar el hombre “Que todo es una gallina” había sido proclamado a los cuatro vientos. Hoy sabemos que el propio Osama Bin-Laden, en su refugio, desubicado ante la repentina desaparición de su solemne Dios de guerra, y lleno de rencor contra cualquier sustituto que le condensase a vivir su existencia dentro de un ave de corral (donde, él mismo era consciente, resulta imposible la Jihad) se afeitó la barba, se dio al opio afgano y comió dátiles hasta caer en el olvido.

Y sin embargo, aunque pocas, hubo resistencias. Así, mientras desertaban las tropas y se tambaleaba el imperio, un sector del Pentágono intentó una acción desesperada. El 26 de Febrero, el general Longfellow, al mando de un pequeño contingente, leal o insurrecto según se mire, irrumpió en el Senado de Washington(durante una sesión que discutía desviar buena parte del presupuesto militar hacia el programa espacial y al posible envío de una sonda hasta las cercanías del contramuslo). Una vez hubo tomado el control de la cámara y haciéndose respaldar por varios científicos en nómina del Pentágono, Longfellow, comenzó a hablar de “vil engaño”, de “mentiras al pueblo americano y al mundo entero” e incluso de “conspiración”. Tras esa

introducción empezó a enumerar errores en los datos y mediciones del informe oficial y a cotejarlos con otros, de una supuesta investigación paralela llevada a cabo por astrofísicos independientes. El resultado, gritaba Longfellow, era muy distinto al generalizado por los medios de comunicación. Haciendo aparecer un proyector y ordenando apagar las luces, mostró a los presentes la imagen general del universo que, desde un ángulo distinto, se había obtenido de un telescopio militar situado en Corea: ¡Es un águila, ven, señorías, es una enorme águila!”. Pero cuando las luces se encendieron, las únicas caras impresionadas eran las del histriónico y expectante Longfellow y los de aquellos pocos miembros del senado que no se habían deshecho aún de sus acciones en empresas militares. Las sensatas y determinantes palabras del hastiado presidente del senado “General, le ordeno que ponga fin a esta farsa, puede gustarme tan poco como a usted pero...¡Maldita sea! ¡Acéptelo Longfellow, sigue siendo una gallina!” pasaron a la historia como una de las más extrañas pero eficaces formas de sofocar un golpe de estado.

Y así, poco a poco, fue imponiéndose un mundo nuevo. Los suicidas empezaron a pensarse más las cosas, o mejor dicho, a no pensarlas tanto, antes de decidir dar el paso. Los presos de las cárceles del mundo lloraron porque si hubiesen sabido que vivían en una gallina no hubiesen cometido ningún crimen, y al poco tiempo la mayoría fue puesta en libertad porque es muy difícil resultar culpable dentro de una gallina. El desamor acortó su tiempo y fuerza de acción, pues no merece la pena preocuparse demasiado dentro de una gallina y en ella siempre resulta más fácil encontrar un nuevo amor. En definitiva las cosas que no merecían la pena lo merecieron mucho menos y las que sí lo merecían siguieron haciéndolo, pues ninguna de ellas era incompatible con la gallina. En cierto sentido, fue el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad, aunque por otra parte creo que, de alguna forma, muy dentro de nosotros, siempre lo supimos.

ACCÉSIT

ÁNGEL RAMÓN PASTOR RINCÓN

FORMACIÓN:

- Estudios medios y C.O.U.

PUBLICACIONES:

- En las revistas ciberneticas “La Sombra del Membrillo” y “Oxigen”.
- En la revista literaria “La Bolsa de Pipas”.

ISABELITA

Toc-Toc... Toc..... Toc-Toc...

No me quedaba un duro. Hacía semanas que no me llevaba una cuchara caliente a la boca. Las sopas de sobre... ciencia ficción. Era un verdadero suplicio aquel olor a fritanga. Ese malnacido de Fulgencio seguro que trapicheaba en su puñetera cocina para ponerme los dientes largos. ¡Qué hijo puta! Que regentara una tabernita, en la que se sirvieran populistas condumios por los módicos precios que figuraban en aquel cartelito de la entrada, era sólo una excusa que tenía ese cacho cabrón para putearme de lo lindo; así de claro.

Colgada junto a la cristalera, aquella pizarrita (un método de tortura sutil donde los hubiera) se zarandeaba la mu perra con la más leve brisa, incluso con los aleteos de los murciélagos que infectaban los aleros del chaflán del Callejón del Gato, y sus Toc-Toc, en la fachada, trepaban como una salamandra, hasta mi sórdida buhardilla, para recordarme la variada oferta culinaria del día. Era un martirio para mis sentidos por partida doble: ora los sustanciosos olores que emanaban de aquellas químicas e inaccesibles ollas, olores que subían solícitos por el patio interior sobreexcitando mi vigilante y reseca pituitaria... ora el sempiterno soniquete de la pizarrita de marras, soniquete que me sacaba indefectiblemente de mis delirantes duermevelas (oh, visiones pavorosas!) para llamar mi atención sobre el querer y no poder permitirme la más mísera y modesta de las tapas... ¡Era un cachondeo! Si seguimos culinariamente hablando, he de decir, que en aquellos momentos, ese venerable representante del sector de la hostelería que era Fulgencio, tenía la sartén por el mango; más claro agua. Un cabronazo de lo que no hay; os lo digo yo.

Ahora bien, cuando toda esta historia echó a rodar, y empecé a ventilarme a su querida periquita, el muy hijo puta no decía mu. Sólo me miraba como si quisiera arrancarme las asaduras, de arriba a abajo; así me miraba el mariconazo. Pero, a pesar de todo, soy un tipo bastante comprensivo, y entendía al viejo. Sé que cualquier padre que se precie estaría algo más que inquieto si tuviese la poca fortuna de echarse un yerno como mi menda. Tendré trabajito el dichoso día que la palme con una retahíla de culpas por expiar, pero que a Isabelita se le metiera entre ceja y ceja que yo era un tipo bastante mono, no figura entre los cargos a tener en cuenta por el Altísimo para decidir sobre mi retiro definitivo; <<bastante mono>>, me decía. Su criterio estético nunca ha dejado de sorprenderme, creedme. Cacho bruta, si supieseis cuánto me ha hecho sufrir...

Al principio, fue un leit-motiv bastante rastrero, a los ojos de todo aquel vecino que lleve (para su bien) una dieta regular, lo que me llevó a retozar con

aquella saludable moza. ¡Chulapa mía! Creía que satisfaciendo a la niña (aplicándome hice en este escabroso terreno lo que estaba en mi siempre presta y lujuriosa mano) podría abrirme la muy golfa algo más que la bragueta del pantalón. Estoy hablando, como espero que el avezado y comprensivo lector haya intuido para ahorrarme cualquier justificación respecto al saludable estado de mi conciencia, de la despensa de su querido papi (así le llamaba la mu burra); abrirme de par en par la cocina del dignísimo y respetable señor Fulgencio, casi na.

El Complejo de Electra vino en mi ayuda, de eso no hay duda (estos griegos eran la leche; sabían la tira los mu jodíos). Porque para este mal bicho de Fulgencio, ¡baboso cabrón!, Isabelita, la benjamina de la casa, era la niña bonita de sus ojos; y en la chica también se dejaba ver esa entrañable relación paterno-filial que nos viene a decir que somos como cachorritos. Ya se sabe... los padres babean con sus niñas que es la hostia, y claro, teniendo en cuenta la precaria situación en la que yo me hallaba, estaba más que dispuesto a liarla la manta a la cabeza y hacer de mi remendada capa un sayo: meter la picha donde hiciera falta, con tal de aliviar con unas lentejas los latigazos que en mi buche habían encontrado al más abnegado de los sparring; éste era mi plan. ¡Y qué plan!

Así que empecé a rondar a la palomita. ¡Pío, pío, mi poética ave del paraíso!, ¿por qué coño me lo pusiste tan difícil? Pero, ¡alto!, ¡quieto aquí!, pues sé que no es justo hacer este reproche a la lozana hijita del señor Fulgencio, ya que en realidad, no fue esa resistencia obstinada de las mujeres para abrirse a nuevos amoríos lo que me creo dificultades a la hora de trajinarme a la dulce muchachita, porque, la dama de mis pensamientos, era una pibita de lo más echá pa'lante, una chulapilla con ciertas cosas, en lo referente al cachondeo, mu claritas...

La culpa de esta tardanza... sólo mía, ya que había no pocas barreras que sortear, obstáculos, que a primera vista, y dado el estado abúlico de mi espíritu que hacía caer irremediablemente en saco roto todos los firmes propósitos con los que me levantaba cada mañana, parecían honestamente infranqueables. ¡Ay, dichosos mil veces los hombres seguros de sí mismos! ¡Bienaventurados los héroes positivos que resuelven los peores entuertos como si tal cosa! ¡Bienhadados los hombres de acción que voltean el mundo! Yo, infausto de mí, no hallaba mi sitio entre estas felices categorías de jóvenes radiantes para los cuales no había otro axioma que el A más B es igual a C. No... nunca fui un tipejo de éstos que se desenvuelven del carajo con las pajaritas, naahh... de éstos que soltando cuatro gilipolleces terminan durmiendo, la mar de bien, con la grata y cálida compañía de mujeres que bajan el cielo (durante unas horas) a lo más

oscuro de sus alcobas; señoritas estas no demasiado exigentes, que todo hay que decirlo. Pues una timidez enfermiza atenazaba todos mis proyectos en lo tocante a mi inexistente relación con el misterioso género opuesto. Trastabillándome, a trompicones (¡tierra, trágame!), y a pesar del afectado porte que pretendía adoptar en aquellos artificiosos ten con ten (una lucha psicológica de proporciones inimaginables vista desde cualquier prisma de lo saludable) balbuceaba desconcertantes discursos que espantaban incluso a las más pacientes y compresivas encarnaciones del eterno femenino, ¡sublimes encarnaciones! Penosas impresiones recorrían sus cándidos espíritus, eso seguro. La verdad sea dicha: esta tara infiltrada en mi menesteroso ramillete de virtudes psicológicas, siempre me ha hecho sufrir de la hostia. A joderse; no hay otra...

¿Cómo iniciar, entonces, la más insignificante de las conversaciones con la chica que habría de ayudarme (en principio de una forma indirecta, entendámonos) a dejar tras de mí la más acuciante y famélica de las miserias, la más obscura de las indigencias, infortunios estos dispuestos a terminar conmigo, de una vez por todas, si no tomaba las drásticas medidas que requería mi penosa situación? No sé dónde cojones había leído alguna cosa del pijín de Galdós; escribía este suertudo que “cada uno, por el aquel de no sufrir, se emborracha con lo que puede”. Tenía más razón que un santo, el burguesito este, pues hay que embriagarse con lo que sea, pero embriagarse. Emborracharse hasta el éxtasis con poesía, con música... emborracharse hasta la indigestión con sabrosos e hipercalóricos canapés al gusto (mis predilectos, los de mojama), con pastelitos de crema, con ricos hojaldres... emborracharse hasta el delirio con las doradas rebajas del Enero más mágico, con las increíbles y espectaculares chilenas de Rodolfo Pauliño (un genio, según Fulgencio)... emborracharse para olvidar, aunque sólo sea por un instante, lo feo que emborrona nuestras putas vidas y que nos termina matando a incómodos plazos; aunque siempre haya que pagar, eso sí. Por esto, supe que necesitaba de este beatífico estado enajenador, de un resorte que abofetease impudicamente mis temores y me llevase por el camino fácil de lo previsible, por la senda de lo que se espera que suceda en un primer acercamiento entre dos rollizos y apasionados adolescentes. Embriagarme para dejar pasar de largo el miedo que me acechaba detrás de cada brizna de luz como un sacamantecas; embriagarme y soltar paridas por esta boquita que Dios tuvo la imprudencia de otorgarme aquel primer día del fatídico reparto. Éstos eran los pasos a seguir para parecer un tipo medianamente normal y no asustar en demasia a mi pretendida y sencilla Melibea. Calixto necesitaba hacer una visita de urgencia a su amiguete Layachi; y así lo hizo.

Conocí a Layachi aquella noche en la que nos enhironaron en los

calabozos de la calle de La Luna. Una redadita de lo más improcedente, desde mi punto de vista, claro. Pero aquellos cabrones tenían que justificar la mortadela que se llevaban a sus sucias bocas, y cabezas de turco en los selectos ambientes en los que yo me movía no faltaban, eso nunca. Desde entonces, Layachi y yo, fuimos como coleguitas. Morito él, el muy hijo puta trapicheaba que era un primor con una variada gama de sustancias de la más diversa índole. Felicidad vendía en pequeñas dosis, y siempre tenía el copón de existencias para dar y tomar. ¡Un alma de buen samaritano la del sarraceno! Si no te mercaba una botellita de vodka (a veces llegué a pensar que el muy mañoso destilaba por su cuenta aquellos etílicos brebajes) te brindaba el más exquisito polen importado vía directa del mismísimo zoco de In Salah. El mercado de los barbitúricos le abrió nuevas miras; tocaba to los palos, el granuja. Mahometano sería el bueno de Layachi, pero sus entrañas estaban tintadas con las argucias propias del espíritu judaico. Moro y judío al mismo tiempo, casi na. ¡Almas fatalistas! Tal vez, por esto, Layachi era un tío que adonde quiera que fuese, siempre se sentía perseguido de la hostia (por los tocapelotas de los maderos, claro, por lo de la mortadela... por algún compatriota suyo con el que surgieran controversias a la hora del ilícito traspaso de tan dudosa mercancía... por algún cliente no del todo satisfecho con la transacción llevada a cabo con este atípico representante del gremio del comercio...) Yo, encebollao, y en veladas propicias para este tipo de confidencias, le explicaba efusivamente esta teoría sobre su mezcolanza árabe-judaica y sus singulares repercusiones en la vida práctica, y él me mandaba a tomar por culo, normal. Pero me llevaba bien con mi amigo el morito, ¡qué coño!

Media botellita de orujo se sacó el muy ladino del sobaco. Layachi, como hombre comprensivo que era, después de escuchar con su media sonrisita mis desesperadas pretensiones, y tras medir pausadamente cuán largo y escuálido era el espectro que ante sus ojos buscaba su compasiva ayuda, me brindó por la patilla el tan socorrido licorcito. Un beso le planté en mitad de los morros a ese generoso vástago de Mahoma.

El tema de la desinhibición podía darse casi por resuelto. Un par de lingotazos de orujo a la hora de abordar a mi dama de la camelias, cuando dicharachera regresara del mercado con la bolsita de apios bajo el brazo,ería, en un principio, y si mis nada frívolos cálculos tenían alguna fiabilidad, más que suficiente. Además, tendría que condurar cuanto pudiese tan preciado lenitivo, pues si he de ser sincero, que lo seré, la empresa que me aguardaba no se me presentaba con soluciones demasiado precipitadas. Isabelita imponía, la verdad.

Desde un punto de vista logístico, lo tenía bastante claro. Esperaría remoloneando en el quicio del portal, y pegando la hebra (para no levantar

sospechas) con la señora Julia, que era la portera y junto commigo la desocupación hecha carne, pero con el rabillo del ojo siempre atento a la arcangélica aparición de la mujercita que, si todo salía como un servidor metódicamente había planeado, habría de llenar mis días venideros de alegrías y mi panza con jugosos y reponedores manjares.

Boquerones en vinagre y panzudos boles de queso chorreando aceite, humeantes cazuelas de callos con chorizo y deliciosas mollejitas tiernas, generosas sartenes de migas con sardinas y cociditos con más chicha que relleno... Deudos eran éstos en el cortejo fúnebre de mi ventura, pues desfilaban ante los ojos de mi excitada imaginación con la tiranía más falta de clemencia. Francamente, ¿alguien puede concebir una procesión más luctuosa para un hombre desprovisto de despensa? Ya hubiera querido el malvado de Pavlov que las explotadas glándulas salivares de sufridos canes hubieran trabajado tan a destajo como las mías. Pues la campanita de laboratorio que me hacía babear de la leche (jestímulo cruel!) no era otra que meterme, dando rienda suelta a mi desenfrenada fantasía, bajo la epidermis de cualquier miembro de la sobrealimentada prole del cabronazo de Fulgencio a la hora del refrigerio. Había sitio de sobra dentro de cualquiera de los hijos del tabernero para albergar a diez piltrafas como mi menda. Condicionamiento operante también era el mío; además de delirante, por supuesto. Jalar, sólo quería eso, jalar...

Días propicios para cagarla, todos; y yo, terco de mí, siempre quise vivificar la eficacia de tan disparatadas y familiares teorías en mi nunca escarmentado pellejo. Qué se le va hacer, cada uno tiene sus manías, y las mías, creedme, no son excesivamente extravagantes si las comparamos con las de cualquier parroquiano que pulule por estos barrios. Cagarla, una y otra vez, cagarla, cagarla, cagarla... De haber una alta institución de enseñanza en la que se instruyese a los hombres en los entresijos de la ciencia de los despropósitos, un servidor sería tomado muy en cuenta para ser nombrado Doctor Honoris Causa. Por lo que raudo y veloz, fui el día de Nuestra Señora de las Angustias a morir en el intento (pues la vida en ello me iba) de entrar a formar parte de la parentela política del ilustrísimo Fulgencio, parentela cuya vida familiar (valga la redundancia, si la hay...) giraba en torno a la castiza tarbenita de mis anhelos. Pa'lante Calixto, siempre pa'lante...

* * *

Es curioso. A mis años y aquejado de males tan irremediables. No es que esté hablando del maldito colesterol, no. Tampoco mis altos índices de triglicéridos han conseguido quitarme el sueño, qué va. El bueno de Don Esteban, mi médico benefactor, incluso pretende inocularme prudencia aleccionándome con sus terribles historias sobre los ataques de gota. A veces, me desconcierta con los solemnes discursos que me suelta en su gabinete sobre el mens sana in corpore sano. Creo que se aburre, Don Esteban, y bastante. No sé qué diablos pensar. No logro entender qué coño pretende este reconocido facultativo (reconocido aquí, por estos andurriales) cuando me espeta, así, como si tal cosa, y recalcando además que la exageración no entra a formar parte de sus fríos y metódicos dictámenes médicos, que si los altos consejeros de Azucarera Española tuvieran acceso a mis analíticas y a mis nada comunes niveles de glucosa en sangre (informes que este buen hombre guarda celosamente, amparándose en su estricta profesionalidad) éste que os está hablando padecería, sin duda, la más inicua de las presiones para convertirse en socio capitalista de la firma ibérica por autonomasía. Aun a riesgo de tomarme en serio esta última afirmación de este profesional de la medicina, estoy tranquilo. Todavía creo en algo, en pocas cosas, pero en algo. Soy descreyente de casi todo, pero del juramento hipocrático... Hipócrates tuvo un par de pelotas, qué duda cabe (el carácter saltando por encima de la historia). La diñó hace veinticuatro siglos, pero sus aplicados monaguillos siguen cumpliendo religiosamente los preceptos que dejó apuntados en un pegote de cera. Dos cojones bien puestos los del galeno este, sí señor.

Mi achaques son otros. ¿Más menudos? No, creo que no. Males del espíritu son los míos; al menos, esto me dice Casimiro, el cuponero oficial del barrio, y creo que es acertado el diagnóstico de este devoto feligrés de esta tasca por la que ya no me desvivo. Tendrá los ojos secos, Casimiro, pero ve más allá de los velos que el hijo puta del Destino tuvo la descortesía de imponerle porque sí. No se le escapa una, pero invidente le siguen llamando los imbéciles que babean acodados en la barra que hoy administro.

No quiero pensar que estos desgraciados que se embolingan a diario, con mis aguados vinos, lleven una vida muy distinta a la que yo llevo, no. No quiero creer que la mala suerte, dama cerril donde las haya, se divierta cebándose sólo conmigo haciendo de mis días su morada definitiva, no. Decidme, ¿qué es más mudable que la caprichosa FORTUNA? Pues nasti de plasti. Hace diez años que esta GRANDÍSIMA PUTA se detuvo varada en el lado oscuro de mi vida. Hace dos lustros que este PEDAZO DE GUARRA sólo me muestra su peor careto y sus gestos sombríos ante los cuales sólo me queda renegar. Soy como el perro ese

que dibujó en aquellas ennegrecidas paredes Nuestro Ilustre Sorderas, un pobre animalillo, con el fango hasta el pescuezo, que sólo puede esperar a que una mano salvadora, desde una dimensión más luminosa, decida cambiar los trazos de las pinceladas que pintan tan tétrico panorama. La mascota del encabronado de Goya jamás logrará salir sin nuestra ayuda del embrollo donde la metieron. Este perrito es mi hermano.

Mi prominente barriga apenas puede moverse entre las cámaras frigoríficas y mi amigo el caliente-tapas. Me cuesta trabajo desenvolverme en tan reducido espacio al pesado compás de mis cansinos pasos; cosas del riego, según Don Esteban. La sangre de mis piernas no fluye con tanta gracia como la magnánima cerveza; cerveza cuyo grifo vierte directamente en mi gañote, cuando a eso de las doce, echo el cierre a la tabernita y al día que presuroso me dice <<Ya está bien por hoy>>.

A esas horas muertas en que la soledad se hermana con el reposo, y mientras soy cuenta de una hogaza de pan y una cazuela picante de caracoles, analizo minuciosamente los avatares que me han llevado a ser un hombre desdichado. A solas, y sentado sobre los barriletes de vermut, espero a que el cielo se abra y me diga qué huevos he de hacer para no pegarme un tiro con la escopeta que espera en el almacén, junto a los cacahuetes. Y las horas pasan despacio, sin respuestas..., la una, las dos, las tres... Es igual, como cada noche, nadie me espera.

Isabelita duerme a pierna suelta en nuestra cama de matrimonio. Ronca soñando vestiditos de gala que nunca podrá lucir; entre otras cosas, porque dudo mucho que sus ciento cuarenta kilos quepan en tan delicados ropajes. En este sentido somos tal para cual: dos pringosas moles transpirando montones de sueños que nunca se podrán cumplir.

Al llegar a casa, con la bolinga a rastras, y dejando tras de mí las batallas siempre perdidas de tan lastimosos días, me dejo caer en el camastro del trastero para no quebrantar el delicado sueño de mi princesa; lo tiene ligerito, mi damisela. Dormir, dormimos bajo el mismo techo, pero hace años que ni me atrevo a rozar el mantecoso talle de mi santa esposa. No sé el tiempo que hace que nuestra vida marital se limita a eructar en la misma mesa. Siempre me he preguntado cómo diablos se nutre ese práctico corpus filosófico al alcance del pueblo que es nuestro refranero español. El tiempo descorre cortinas... hoy sé, a ciencia cierta, que el sabio que acuñó ese dicho de “La confianza da asco” tuvo las pocas luces de encadenarse a una parienta como la mía.

De poco sirve que los lunes, para un servidor el día más corto, laborablemente hablando, llegue a casa con una bandeja de empanadas de atún para mi mujercita. De poco sirve que entreabre la puerta de mi antigua alcoba, con delicadeza, y le susurre a mi enamorada: <<¡Cu! ¡Cu!, ¿cómo está hoy mi pichoncito?>>. La escupidera dibuja un coseno desde una de sus manazas hasta el marco de la puerta. Por obra y gracia de Dios, todavía conservo mis reflejos; instinto de supervivencia, diría que son estas respuestas de mi maltrecho subconsciente. <<¡Borracho de mierda! ¡Vete a mamarla!>>, me dice mi querida consorte con su exquisitez acostumbrada. Hace años que no se enternece ante estos regalos que antes arrobaban todos sus sentidos. Ahora, Isabelita, tumbada en el que un día fue nuestro lecho común, blande su puño carnoso en el tufo negro de aquel cuartucho, y reniega del puñetero día en que juntos, con amor y del bracito, recorrimos cuan larga era la nave central de la Iglesia de San Clemente.

En vista de la invariable respuesta de Isabelita hacia mis presentes, he decidido, de aquí en adelante, gastarme las perras de la empanada en satisfacer otros menesteres más urgentes, y contratar los servicios de Rosita, de la que me han dado las mejores referencias. ¡Una leona llena de ternura!, ¿alguien puede pedir más? Esta muchacha revolotea por el Ángel Azul, un local de lo más coqueto en donde se reúnen los pobres diablos en busca de los cálidos abrazos que jamás niegan sus lindas camareras. Todavía me bulle, aquí, debajo del tripón cervecero, el deseo de arropar con mis carnes el blanco cuerpo de una etérea Mesalina que me arrastre lejos del hipocentro de mi tristeza. Sólo pido unos besos... todavía me quemo por dentro... ¿Qué hacer, entonces, con Isabelita, si las alianzas que nos impuso Fray Batolomé el día de nuestro casamiento, sólo simbolizan la permisividad para tirarnos cuegos bajo la mesa-camilla en las pocas ocasiones en que coincidimos frente al televisor?

¿Acaso le basta a esta bola de sebo, para no atracarse de somníferos y acabar para siempre con sus miserables días, con los paseos virtuales que se da por las relucientes mansiones, los cócteles de alto standing, las galas benéficas de la jese... cuando se enfrasca en esas virulentas revistas que ella llama del corazón? ¿Acaso no podría darse con un canto en los dientes, y sentirse afortunada de tener un esposo-amante tan atento como éste que os está hablando? ¡Qué va! Isabelita tiene sus distracciones. La muy puta apaga su furor uterino con el desagradecido Layachi. Sí hombre, sí, con mi amigo el morito. Hace tiempo que no sé nada de este pájaro, pero me consta que en sus citas “clandestinas”, estos dos tortolitos hacen retumbar el retrato del señor Fulgencio que desde la cabecera de la cama observa como su voluptuosa hijita llega gimiendo hasta el

séptimo cielo (estrato celeste muy cercano a la gloria en donde descansa mi difunto suegro junto con los justos y los querubines). No es Layachi un tipo al que le guste perder el tiempo. Pero yo no tengo nada que reprocharle. No sé qué huevos tendrá este diablo para satisfacer a la mujer que en su día, para ser sincero, me ponía los listones no muy altos, sino inalcanzables. Saltará con pértiga, este hijo de Satanás. Y la satisface, vaya si la satisface. Lo veo en la sonrisa bobalicona que esta mala golfa ni siquiera tiene el recato de solapar. Lo veía en el porte desvaído que arrastraba mi amigüete cuando aparecía meses atrás por la taberna lloriqueando para que le invitara a un pincho; se sentía flojo, me decía. ¡Qué parejita! En la Argelia natal de Layachi las artes amatorias deben de figurar como asignatura transversal en los planes de estudio de la escuela elemental, pues, Casimiro, el cuponero, me ha dicho que éste no es el primer caso que conoce de mahometano picoteando en nido ajeno. ¡No son vivos, los jodíos!

Layachi tiene su encanto, esto no hay que negarlo. Pero con el gimnástico ajetreo que se requiere para contentar a mi mujer en el plano estrictamente erótico-afectivo, un servidor no podría decir, con seguridad, si el morito se ha desmejorado algo, pues hace bastante tiempo que los últimos retazos de dignidad de este usurpador le mantienen alejado al menos de mi negocio; aunque el tío siempre fue un guaperas. Con su angulosa cara tostada y sus modales de gentleman de las arenas, pronto se metió bajo las sábanas con mi esplendorosa Isabelita. Todo sucedió como suceden estas cosas, porque sí. Tengo un carácter demasiado endebles, y al pobre no podía negarle un platito de jalufo en aquellas ocasiones en las que venía casi mendigando a la puerta de la taberna. El encantaba el jamoncito, al muy pagano. En muchas ocasiones, este pobre diablo no sacaba con sus trapicheos sino quebraderos de cabeza (no sólo en sentido figurado), y un servidor estaba en deuda con este buscavidas y con la dadivosa mano que en su día sacó de la chistera el recurso determinante del licorcito. Es curioso como un gesto tan insignificante, como es echarse al coleto un par de sorbos de alpiste, puede cambiar la vida de un hombre por entero. ¡Qué os voy a contar! Y una cosa siempre lleva a la otra, y a la otra, y a la otra...; y en vista de que Layachi aparecía por mi respetable figón con bastante asiduidad (creo que en aquellos momentos su fino olfato comercial era víctima de un resfriado de malsanas pretensiones), terminó frequentando mi lecho nupcial con la misma naturalidad que se agarraba el muy habiloso al cuchillo jamonero. Isabelita es una mujer de caprichos... le gusta lo exótico...

Ahora gobierno yo solo esta taberna. Mi mujercita hace meses que no aparece por aquí. Tendrá sus mañanas y sus tardes, como la voluminosa tripa, demasiado llenas como para perder el tiempo echando una mano a su resignado maridito. Estará bamboleando sus arrobas de chuletas encima del sacrificado y licencioso esqueleto del morito de los huevos. De vez en cuando, aparece por estos lares alguno de mis cuñaos para hacer gala de su gorronería. Son como parásitos, los hijos de perra. Vienen poquito, pero cuando llegan, hacen la carga con holgura y desparpajo, como si adoleciesen de esa gusa endémica de los hijos de las sabanas y de los desiertos. ¡Y que ni se me ocurra poner mala cara! Siempre me echan en cara, los cabrones estos, aquel último capricho del señor Fulgencio poco antes de palmarla. Sí hombre, sí, pues, poco a poco, me cogió un entrañable cariño el viejo de los cojones. Al principio, me miraba como a un maleante desarrapado ansioso por dar un buen braguetazo; era intuitivo, el hostelero. Pero de verme a diario de la mano de su querida retoñita (entrando y saliendo de la despensa de su garito con los carrillos a pique de reventar) terminó sintiendo un caluroso afecto por mi cada día más lustrosa persona (en este mundo hay cosas inexplicables...). Al muy tozudo, se le metió en la mollera que de haber alguien en la familia con miras empresariales, ése debía ser el rendido compañero de la niña bonita de sus ojos. Y de esta forma, como quien no quiere la cosa, dado mi muy secundario papel en esta tragicomedia como media naranja de Isabelita, y quiera o no la restante y resentida familia de mi generoso y dictatorial suegro, soy, junto con mi desleal esposa, legítimo heredero de esta tabernita por la que en su día llegué a perder el sueño y mi libertad.

Aquí, detrás de esta desgastada barra, desgasto poco a poco mi vida. Mi ambición murió hace bastante tiempo, y yo mismo me encargué de sepultarla en el pedregal de una existencia insulsa. ¿Para qué luchar día tras día, a brazo partido, contra las grises y estúpidas hordas de Titanes que desfloran la alegría de mis instantes con sus suficientes gestos? ¿Para qué desplegar el velaje de la astucia para burlar a Sirenas y Polifemos, si la mirada muerta de la más insignificante sabandija me estremece hasta la locura? ¿Qué fuego arde en las entrañas de estos mezquinos hombres, para los que la sonrisa es un bien común y la felicidad el hospedaje de sus días? Necesito un Simón Cireneo, un bendito al que ceder mi pesado testigo en el via crucis de este fastidioso circo. Necesito templar mi nervios. Debo sobrellevar, como buenamente pueda, estas pullitas, estos cascarrillos fruto del desmesurado ingenio de estos babosos; babosos que sufrirán en sus blandas zonas epigástricas, cualquier día de éstos, un revoltijo orgiástico en donde el matarratas campe a sus anchas junto con el vino de garrafa. <<Calzonazos -me dice alguno-, un cornudo consentido...>>. ¿Qué he de

hacer al respecto?, ¡decidme! Jamás fui capaz de pisotear las cabezas que se me ofrecían para sentirme un hombre como Dios manda, jamás. Y en esta jodida farsa en la que nos obligan a movernos hay que tirar pa'lante, Calixto, siempre pa'lante...

¿Acaso llenándome la cabeza de perdigones se disipará esta espesa melancolía que me ahoga? ¿Qué puta broma es ésta del transcurso de mis días? ¿Qué morrocotudas equivocaciones sesgan esto que me empeño en llamar vida? Me apuntaré estas preguntitas en la libretilla de las cuentas, para que no se me olviden. Pues debe de aparecer en cualquier momento el cuponero con su ristra de sueños colgada del pecho. Apelo a la sabiduría de Casimiro para que ventee la hojarasca que no me deja ver el bosque. Como ingenuo soy un rato, quizás confíe demasiado en las buenas recomendaciones de este visionario del que espero grandes cosas. Pero justo ahora, estoy sintiendo una comezón en el bajo vientre. Un cosquilleo por encima de las ingles me dice que hoy, Casimiro, sí me sacará de mis apuros. Hoy compraré uno acabado en 5. A ver qué tal.

ACCÉSIT

KATIXA AGUIRRE MÍGUELES

FORMACIÓN:

- Licenciada en Comunicación Audiovisual y beca Erasmus en Worcester (Reino Unido). Actualmente trabaja en un proyecto de tesis doctoral en el departamento de Comunicación Audiovisual de la Universidad del País Vasco.

PUBLICACIONES:

- Ha publicado el libro de poesía en euskera “Kapela berdea pianoaren gainean” (XIV Premio Ernestina de Champourcín).
- Y el cuento infantil “Lide eta Noskiren betaurreko magikoak”.

CONCURSOS:

- Ha ganado numerosos concursos de relato, poesía y guión.

EXPERIENCIA LABORAL:

- Trabaja como guionista en Madrid, y colabora en diversos medios de comunicación del País Vasco.

ONLY FOR MEN

Patricia olía a hombre. Y le gustaba. Cuando viajaba en autobús pegaba su barbilla al pecho y husmeaba bajo sus ropas. Puro olor a hombre. Masculinidad galopante vía nasal.

Ya hacía tres semanas que le ocurría eso. Que usaba el gel de ducha de Dan. A pesar de que el bote advertía, con llamativas letras amarillas, que aquel gel era only for men. O tal vez por eso. Le gustaba, sí, y ahora que ya habían pasado tres semanas y el gel (ese gel viscoso, azul, tan masculino) amenazaba con acabarse, Patricia se debatía entre comprar un nuevo bote o volver a su antiguo gel, que si bien no era específicamente femenino, ningún hombre usaba jamás. Ese era su dilema. Comprar o no comprar. Dilema grave, más grave de lo que podría parecer. Con el bote antiguo, el que dejó Dan, no había problemas: lo utilizaba solamente por terminarlo, por no despilfarrar, se decía. Pero si compraba uno nuevo, only for men, significaría una cosa... no sabía exactamente qué, pero seguro que significaría algo: algo viscoso y azul.

Estaba decidido: compararía un nuevo bote de gel. Así decidía ella las cosas, por impulso y sin vuelta atrás. Porque, qué diablos, le gustaba aquel olor, y además, tal vez Dan volviera y le gustara encontrar un bote de su gel preferido casi lleno sobre la repisa del baño.

Se dio un bofetón en la mejilla derecha. Fuerte, sin contemplaciones. Algunos pasajeros se volvieron a mirarla, divertidos con aquel arranque de auto-agresión. Había decidido hacerlo así cada vez que un pensamiento del tipo “puede que vuelva” asolara su mente. Y había que reconocerlo: Pavlov tenía razón, después de todo. En tres semanas de tratamiento los pensamientos sobre la vuelta de Dan se habían reducido drásticamente. Apenas uno o dos durante el día, siempre en momentos de desidia mental (en el autobús, en el ascensor, en la cola del banco), los justos para una ronda de bofetadas débiles y casi somníferas antes de dormir, bajo la luz anaranjada de la lámpara de noche.

Compró de todo en el supermercado. Se demoró todo lo que quiso. Anduvo por las calles de productos con paso alegre, chocando su carro a todo carro que se le interpusiera y cantando, fusionando su voz con el hilo musical: Dan, Dan, Dan, no va a volver, no, nooooooo... Los golpes metálicos del carrito de la compra hacían de percusión.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue dejar la bolsa del supermercado sobre la barra americana que dividía la cocina del salón. Dispuso sus adquisiciones en fila, para contemplarlas con calma, orgullosa: lavavajillas, bayetas, un recambio para la fregona, bastoncillos para las orejas, pasta dentífrica, lejía con olor a limón y por último un bote de gel, nuevo y reluciente, only for men, of course. Todo muy aséptico, muy higiénico. La limpieza, esa obsesión que la había atacado desde que Dan la había abandonado. Tenerlo todo impoluto, reluciente, con buen olor. Estar a gusto en casa. Estar segura. Libre de gérmenes extraños.

Se encontraba en la ducha cuando sonó el teléfono. Como un resorte cerró el grifo y salió envuelta espuma, sin ni siquiera coger una toalla. Descolgó el teléfono de su mesilla. Era su madre. Mamá, mamita mía, madrecita de mi corazón. El olor de Dan lo invadía todo de repente: la habitación, sus manos, el teléfono, incluso la voz de su madre.

- Sí, estoy bien, me estaba dando una ducha, por eso he tardado tanto en coger.

Su madre estaba al corriente de la nueva situación, ella misma se lo había contado a los dos días de encontrar la nota de Dan, cuando ya la voz parecía salirlle como un chorro y no un penoso hilo a punto de romperse; pero lo había hecho con ese tono entre indiferente y guasón que siempre utilizaba con su madre, pues quería darle la impresión de que su vida era ligera, agradable, y, por qué no decirlo, feliz, para que estuviera tranquila y comprobara que sus sacrificios maternos no habían caído en saco roto. Hemos roto, le había dicho, era una situación que se veía venir, oh, vamos, qué pintaba yo con un funcionario de la embajada americana. Otra vez soltera, madre, por fin. A pesar de eso su madre se preocupaba y la llamaba casi a diario y la tenía colgada al teléfono demasiado tiempo.

- Mamá, escucha, estoy desnuda y envuelta en espuma sobre mi cama. ¿Te parecen las mejores condiciones para hablar contigo?

A su madre siempre le parecía un buen momento para hablar con ella. Además lo que tenía que decírle era corto y harto sencillo: estaba en la ciudad, había venido a verla, se quedaría unos días en su casa y así, dijo desbordada por la alegría, podrían charlar. Charlar. ¿Y no podían charlar por teléfono como casi todos los días? No es lo mismo, dijo la madre y colgó, prometiendo que en media hora estaría allí, que no hacía falta que la fuera a buscar porque acababa de

llamar un taxi. La espuma se solidificaba peligrosamente sobre la piel de Patricia así que volvió a la ducha e intentó vaciar su mente bajo el chorro de agua fría. Charlar, interesante actividad. Se secó, se vistió, pasó la fregona nueva por el baño y sonó el timbre. El taxi había sido rápido.

Su madre estaba exultante, bella, incluso maquillada. Observó extrañada la gran cantidad de maletas que traía. Tres por lo menos, y dos bolsos de mano. Seguramente el taxista la habría ayudado a subirlo todo. Habría jurado que por teléfono le había dicho que se quedaría un par de días. Un par de días. ¿Lo había dicho o no?

Su madre hizo muchos gestos, le dio muchos besos, correteó por la casa con pasitos infantiles. Dijo: “oh, cariño, la casa se te caerá encima”, y después: “oh, cariño, seguro que vuelve, a los hombres les dan ataques de pánico y después rectifican”. Patricia quiso darle una bofetada a su madre, pero antepuso su hospitalidad al experimento de conducta condicionada que llevaba a cabo desde hacía tres semanas.

Por fin descansaron. Su madre le preparó una cena exquisita. Durante la cena no hablaron de hombres ni de casas. Hablaron del tiempo, del trabajo, de los atascos de la gran ciudad. Charlaron, en definitiva.

Acabada la cena su madre quiso ducharse. “Ese horrible viaje en un tren infecto” aclaró. Patricia la esperó frente al televisor: un programa de imitadores que imitaba a otros imitadores. Estando allí sentada, con el ruido de la ducha de fondo, por un momento le pareció que volvía a los tiempos anteriores a la nota de Dan. Era Dan quien se duchaba, pronto aparecería por su espalda, con una toalla anudada a la cintura, susurrándole algo lascivo o tierno (según el día).

Se abstuvo de pegarse una torta, estaba demasiado cansada.

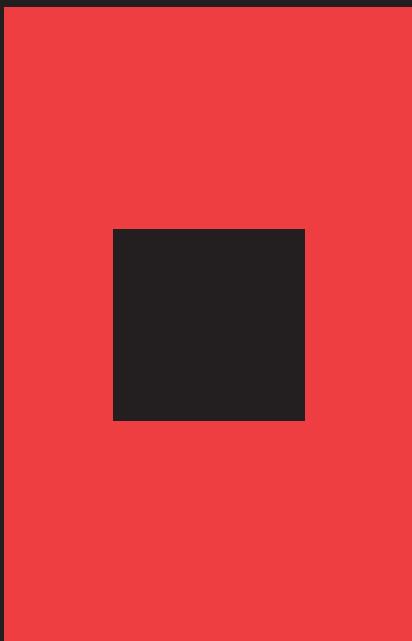
Y quien apareció a su espalda no fue Dan. Fue su madre, con un albornoz granate y una toalla a la cabeza, como un turbante. No le susurró nada. Se sentó a su lado en el sofá, callada, sin apenas hacer ruido, como una pompa de jabón insignificante. Su energía parecía haberse ido por el desagüe de la ducha. Le dijo:

- Por cierto, he dejado a tu padre. ¿Te importa si me quedo unos días por aquí, cariño?

En la televisión alguien gritaba imitando la sirena de una ambulancia. Patricia recordó con horror que los platos de la cena estaban aún sin fregar, sus restos corrompiéndose en el fregadero, extendiendo su hedor por toda la casa, invadiendo su hogar. Tenía que levantarse, coger el estropajo como quien empuña un arma y frotar, frotar, frotar. Usar cantidades astronómicas de detergente y desinfectante. Hacer que todo brillara como en una sala de autopsias. Tenía que hacerlo.

Pero no pudo levantarse del sofá. Era la televisión, quizás, que la atraía con poder hipnótico. O el peso desproporcionado y repentino de su cabeza, que le impedía cualquier movimiento. No miró a su madre pero lo supo. Estaba llorando. Y ella también. Las dos muy quedamente, sin levantar la vista de la pantalla. Hubo un imperceptible corte para publicidad.

Patricia cerró los ojos, y las dos últimas lágrimas del día (las dos últimas, se ordenó tajante) surcaron su cara hasta la barbilla. Se secó con el dorso de la mano. Después se secó la mano en la pernera. Suspiró, sin decir nada, acercándose muy ligeramente a su madre, sin llegar a tocarla. Ella también olía a hombre y a pena. Si iba a quedarse una temporada, ¿por qué no se había traído su propio gel?



PREMIADOS

POESÍA

PRIMER PREMIO

Pablo Pérez Albalaеjo

ACCÉSIT

Aníbal Cristobo Maldonado
Julia Piera Abad
Javier Vela Sánchez
Pilar Fraile Amador

SELECCIONADOS

Francisco Javier Cano Expósito
Miguel Pérez Alvarado
Felipe García Quintero
Carlos Contreras Elvira
Tomás Zacarías Martínez Neira
Andrés Sánchez Sudón
Silvia Terrón Fernández
Jesús González Vinuesa
Gonzalo Martínez Escarpa
Patricia Esteban García



POESÍA

PRIMER PREMIO

PABLO PÉREZ ALBALAEJO

FORMACIÓN:

- Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Comenzó a leer (y escribir) poesía antes de entrar en la Universidad, y ha desarrollado su actividad literaria a lo largo de estos años como una pasión personal. Los Hogares del Animal es un poemario pequeño que condensa su trabajo creativo de estos años y que nació precisamente con esa voluntad de síntesis. En paralelo a sus tentativas de escritura, ha tenido también en estos años experiencias de creación en el ámbito del teatro que han sido de algún modo inseparables en todo este proceso.

LOS HOGARES DEL ANIMAL

1977

Mil novecientos setenta y siete o mil novecientos setenta y ocho eran unos años cojonudos, pero a mi lo que más me molaba era pirarme por ahí, liarre la manta a la cabeza y desvirgar estrellas, o mejor dicho dejarme desvirgar por ellas.

Eso si no se ponían tontos y consideraban muy seriamente que mi comportamiento era anormal y que de ningún modo debiera irme a hacer el loco para que todo el mundo me viera.

¡Ay, que aciago nombre el que me dieron para poder clasificar mi empeño!
Crápula. Torpe. Majadero.
A su disposición, sus señorías.

Así se cuenta la historia de mi muerte y de mi nacimiento.

VERDAD DE UNA MAÑANA DE OTOÑO

Lo que yo prefiero, sobre todas las cosas de este mundo, es hacer el amor. Después, fantasear con las mujeres sobre su corazón, y también conversar humanamente con ellas sobre el perfume de su coño.

Todo lo demás me parece más feo, en

ocasiones hasta un punto en que no lo puedo soportar, y me veo obligado a recluirme en mi casa durante largas jornadas, escuidando mis obligaciones.

Mi alma se hiere a si misma al hacer ciertas concesiones nada aconsejables para mi carácter demasiado propenso a ensoñaciones.

También suelo decir: soy una puta que se ofende si tratan de pagarme sus servicios.

EL ENFERMO IMAGINARIO O EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

Cierta vez estuve a punto de morir ahogado. Fue el asunto que me vi obligado a respirar unos malos aires que por allí pasaban, y que de tal encuentro desfalleció mi espíritu de modo tal que se escapó por una herida en el pulmón izquierdo, de origen desconocido según razones médicas.

Así que ingresé para que me cuidaran, con tan buen tino que en mi cuarto había un crucifijo colgado en la pared mucho más parecido al Cristo de Velázquez que el que había en las habitaciones de los otros enfermos. Y yo no hacía más que mirarlo por las noches, cuando no se veía, con tanta fe que me parecía estar mucho más sano que los sanos.

■ 10 PRIMER PREMIO "LOS HOGARES DEL ANIMAL"

PABLO PÉREZ ALBALAEJO

Y fuera por esta mi inquietud de admirar la belleza o por ese ensofnamiento de ser el enfermo más sano sobre la faz de la tierra que quiso la Providencia devolverme el espíritu, haciéndolo pasar de nuevo por aquél agujero del pulmón, que no supieron nunca decirme los médicos a que se debía.

FILTRO DE AMOR

Detrás del ojo de tu boca se adivina la dicha. Cada rizo de luna anticipa el momento de caer. Somos tan comedidos que nos comemos los huesos por dentro y la luz se intuye sólo como un golpe, una caricia que golpeará como un puño el centro difuso de nosotros y esparcirá semillas de manzana por la estancia que creíamos desaparecida alrededor.

2

La voz aprovechó para decirme: ¿Por qué quien ama no busca verdad sino que busca dicha?

Detrás del ojo, detrás de la mirada, entre el ruido del mar y el calor de tu vientre, aferrándome al alba dormido en la tormenta, puedo tan sólo aproximar mi oreja al hueco de tu sombra, al latido que nace.

Y mientras tanto hablaba como si el viento nunca hubiera rozado mi mejilla. Y tú me hablabas como si el viento no hubiera nunca posado su

dulce mano sobre tu espalda.

Siempre seremos sabios como ahora, porque siempre lo fuimos, así fue como vivimos la vida desde nuestro primer día de certeza, hace ya tantos siglos.

LA MUJER DEL ARTISTA

La mujer del artista confesó a su madre que se iba de casa para hacer el amor todas las noches.

Después de aquello él la quiso más que al principio, y prometió que haría de su vida una obra que reflejara toda su belleza.

Por las noches hacían el amor, y por el día él pintaba el cuerpo de ella sobre infinitos lienzos donde nunca cabían las alas que le habían salido.

Aquel idilio terminó, y así murió también el arte que el artista buscaba. Entonces quemó todos los cuadros, y se dispuso a amar a todas las mujeres, aunque ninguna oliera como aquella, su mujercita primera.

Y una noche en que el artista se encontraba cansado de su vida, encontró bajo el techo de su casa, debajo de un colchón viejo que ya no usaba, un lienzo no quemado de aquellos que quemara cuando el tiempo le supo amargo.

En el lienzo se podía ver
perfectamente un ala blanca llena de
plumas y de voces.

CABELLO DE ANGEL

No es azul el color de su boca, que es
sólo el agujero por el que oculta y
vierte su gloria.

No es blanco ni es negro su cabello,
esa seda viscosa por la que todos le
conocen y le aman.

Los únicos matices de su alma son su
saliva, su semen y su sangre.

Y sin embargo, todos desean esa luz
que le viene de dentro y están
dispuestos a morir enterrados bajo el
cuerpo desnudo de su ángel.

CIERVOS

¿Qué son, mamá, estos animales tan
bellos?

El ojo derecho miraba hacia la
carretera, miraba el ciervo pasar los
coches por la carretera. Yo corría
cayéndome hacia la izquierda, del
lado del corazón me pesaba la dicha.

Ciervos, mi amor.

En mis ojos los ciervos veían su
belleza reflejada, sin comprender que
aquellos estaban escritos para un tiempo
pasado, donde el sol animaba aun los
huesos, y el corazón corría entre las
hojas.

TRATADO DEL HORMIGUEO

Nadie conoce mi dolor.

Vienen amando por detrás del jardín
el camino de las tiernas hormigas, el
jardinero y el amor vienen amando las
hormigas, y hay una punta de luz que
se abre donde los niños juegan a
asesinar la mentira.

Nadie conoce el arrepentimiento de
la hormiga huyendo del hormiguero.

ANIVERSARIO

Estoy alegre porque nadie conoce
que estoy triste.

Mis zapatos nuevos están tristes,
cansados de caminar en la noche sin
saber adónde.

Yo era feliz porque tenía unos zapatos
nuevos, dispuestos a caminar hacia
una estrella.

Pero ya he dicho que aquí no hay
estrellas.

Así que pongo rumbo, mirando los
cordones de mis nuevos zapatos de
payaso, hacia el calor de la próxima
botella.

La siempre repetida mano del hambre
en mi garganta, el mismo grito de
horror en mis venas han sido las
comadronas en mi parto.

Aquí no queda nadie. Y lo que queda por venir es mentira.

Abro los ojos para ver que todo degenera, como formas corruptas acechando la niebla que colmaba mi espíritu.

De mí sólo me queda una fotografía con olor a caballo, en la que ya mis ojos son tristes y el blanco y el negro de mis manos se posan levemente sobre mis días futuros.

Intuyo que algo de esa niebla ha despertado mientras oigo el rugido de mis vísceras y engullo sin piedad una magdalena y trato de llamar a ese algo golpeando así las paredes de mi estómago, y escucho nada más que el ruido triste de mis órganos llamando una pasión desconocida.

Sobre el papel un bicho diminuto ha comenzado a moverse. Como una mancha con miedo de la luz, a la que le salieron patas para que fuera a buscar su refugio, y caminó cegada sobre el blanco, suicidándose más allá del borde de la página.

Estoy definitivamente muerto, pero conozco a aquel que me ha matado, comiendo tan inocentemente, posando sus dos ojos sobre la mentira y creyéndosela.

ROTTERDAM 2001 EL CUADERNO ROJO

No dances más, que la palabra suena torpe en tus oídos:
No comiences así este poema.
Prueba a decir paloma, carretero,
sonidos que despiertan
el mundo que circunda tus sentidos.
No comiences por ti, olvídate un
segundo
de ti mismo.
Entrégate a esa vida que ya intuyes
de luces de farolas en las calles,
de miradas ajenas y señoritas
montando en bicicleta. Averíguate
entonces,
en medio del misterio que ellos
llaman ciudad
como la única respuesta posible.

LA VENTANA

I
Tejidos están ya sobre las casas los tejados de piedra,
has visto los caminos de la tarde en la ciudad
ocupados por gente caminando. Si alguna vez mencionas
en uno de tus versos
tanta presunta circunstancia
será mejor que sepas que alguien ha
de decir esa palabra
que tú escondes
porque tus manos limpias no conjuran
la doliente mentira,
la red está tejida - y si oyés

que alguien mirando el horizonte dice
casa,
dice ladrillo, piedra, esa palabra:
realidad,
no lamentos
haberte procurado esta guarida.

II

Esta guarida que consiste
en una meditada inconsistencia
haciendo frente al mundo que no es
otro
que el zumbido que en tus oídos
dejan
las palabras con que nombras las cosas
olvidadas a fuerza
de caminar cotidianamente entre
ellas.

III

Y aún pretendes decirles
que no eres más que un niño
asistiendo extrañado
a esta reunión de cuerpos bajo el
cielo.
Te crece el desaliento.

HORIZONTE

La línea horizontal recuperada
- caramelo, amapola, desierto -
El diminuto pie sobre la almohada.
El otro pie debajo de la sábana.
En mi mano temblando su misterio.
En mi otra mano el rastro
de alguna nube contemplada hace
siglos
en otro cielo que probablemente

se cayera a pedazos.
Como todo su cuerpo.
Me bautizo a mí mismo debajo de su
axila
y expongo mi sudor a su capricho.

DESPERTAR

Con el acuerdo propio del que no
aguarda nada
vuelvo a mirar los restos abandonados
en
la noche:
Con la memoria, cómplice
de lo que se ha negado en el tiempo.
Así se salva nuestra dicha -
alejando nuestros pasos del sueño
aceptamos la resurrección de nuestros
huesos
en cada nuevo golpe de sol -.
No pesa en la distancia haber sido tan
sólo
peregrino que pasa ante tus ojos
abandonando el misterio de tus
manos,
reconocida para siempre
la baba que se extiende ante nosotros.

CIRCO MÁXIMO

Está todo cubierto de papeles
que imagino sentado en una piedra
afuera.
Me pregunto cómo será la primavera
mientras veo pasar la comitiva.
Me inquietan los tambores.
Me avergüenzo de no querer entrar a
disfrutar de la farsa.

Veo pasar los elefantes camino de las jaulas de hierro.
Yo no tengo papeles ni arena en los bolsillos, me pregunto hacia dónde caminan los elefantes mientras veo pasar la comitiva de cómicos y fieras.
En algún lugar debe encontrarse el mercader de risas pero yo sólo compro agujeros.
La acróbata camina por el cielo de la carpa.
Yo estoy afuera y me entristezco como se entristece un paquidermo: sentado sobre su tristeza.

DOS PALABRAS

Tenemos una noche alicaída entre nosotros. Una manera burda de nombrar al poema poema. Sin más - Pretendida la intención del verbo.

PEÓN DE REINA

Descalzo, mal herido, herido de cierta cadencia detenida.
Amigo de la entrega, la derrota le espera en un lance desconocido del juego.
Pero aún más ha de perseguirse la derrota.

VISITA A PARÍS

El sueño inconcluso, el reposo interrumpido,

el primer paso de la senda del tiempo nuevo.
Hiedras en la pared, asesinadas.

EN LA BIBLIOTECA

I

Tomaremos el fondo de cada determinación olvidada y fecundaremos con el sudor la caminata que nos parecerá inconclusa; Diremos: aquí termina la mordedura de la araña.

II

Nada encadena esta palabra brasa apagada.

EN EL PARQUE

I

Cimentaremos una mina con probada inocencia, allá abajo, en las cimas deshabitadas de la tierra, y nuestras manos saludarán con sangre el nuevo mineral que en un segundo habremos perdido para siempre.

II

Quiero poblar mi verso de esta vecina mezquindad que respiramos y adorarla sin pausa y sin remedio, diciendo: ya eres mía, ya soy, sin pretenderlo tuyo.

EN EL METRO

Al final de este encuentro,
fijado para siempre en el oscuro
vacío de mi piel
habré tal vez hollado algún claro
vestigio
de esta mitología inusitada de
esencias
que navega sin carne
a través de mis días en la tierra.

WE ARE COMMITTED TO EXCELLENCE

(Mensaje encontrado en una taza de té)

Vendrá el tiempo después a hacerse cargo
de este adiós moribundo sobre los labios de pereza.
Encontrará una flor sin pétalos,
esqueleto de paja
sin perfume, olvidada en el hueco
de una pieza gastada de metal.
Mañana.

EL ANIMAL AL SOL

I

Con el sol he dejado de habitar el poema
y camino descalzo y marcho más allá de la hierba
y alguien se para entonces a mirar las abejas, alguien que no soy yo se para a contemplar este poema.

II

EL POETA, EL MUCHACHO Y EL LOCO

No es mi ejercicio asegurar la dicha de los hombres. La mía propia lejos está del pergamino.
Otros caminos hay para el olvido que para ser feliz no es grata la memoria
y para la certeza hace falta estar loco o ser poeta.

Yo abandono minutos abriéndoles la puerta a las viejas que me cogen la mano para que siga siendo tan buen chico educado.
Pero con una anécdota no se hace poesía. Para escribir un verso hace falta estar loco o ser poeta.

Me he mirado al espejo por las noches lentas de insomnio y de bochorno lentas para verme por detrás de mis ojos y por debajo de mi cuerpo.
Cuando llegaba la hora de comer comía
Cuando llegaba la hora de dormir soñaba.

Y mientras como yo se deshacía el humo de mi mísero cigarro, he pensado - más de un millón de veces he pensado - que hace falta estar loco para mirar sin miedo el tedio de otro día y verlo paseando por la casa

y para contemplar la carne pálida
alrededor del músculo escondido
y para abandonar el lecho plácido
e ir caminando lento por la casa
y en vez de masturarse, o pensar en
María, dedicarse a escribir este poema.

III

El suceder de tiempos o la tiranía
cruel de la palabra cerrarán, una vez
más, mis ojos:

El sonámbulo viaje de una gota de
sangre en el cristal del whisky o la
ginebra.

Antes, la conjunción de soles y el
musical arrullo
ganarán en presencia detrás de mis
pupilas, afirmando la duda de un
existir mas liviano que el aire,
destinado a desaparecer en este
intento que procuro
para airear su peso.

Después, no importa ya
que yo perdiera en esta lucha por el
cielo,
como en un sueño, ya lo he dicho,
cerraré los ojos.

IV

Acechando al final de una carrera no
exenta de lujuria,
arrebujado en la sal de una miseria ya
palpada,
aquella triste imagen de muchacho

aderezado con alcohol, un tanto niño,
un tanto más mendigo de caricias
no tan niñas.

V

Este olor rancio al completar el día
oxidado
me recuerda - este encuentro fatal -
no me recuerda ya a tu ausencia,
disputada con tibio ensañamiento a
mis uñas, me recuerda, planeaba
decir, otra mentira:
tu sexo olía, como todos los sexos, a
nostalgia:
anticipo de esta mitología marina
acostumbrada
al peso hueco de lo cotidiano.

VI

Y cada noche cae el último rumor que
configura un día planeado,
muchos años atrás, muchos
atardeceres acercándose al borde de
un espejo mirando el sol en un espejo
y cada noche despidiéndose
para cerrar los ojos que ya vieron
tantos atardeceres
en tan solo una noche fecundada en
silencio.

VII

Enarbolado de esta música en la
oscura última pieza de piedra.

No te pretendo.
No añoramos ya tu baba acariciante
y melosa. Te desterró hace tiempo,
te enterraron,

usasteis su más leve destino
y yaces muerto.

Mas si hubieras querido redimirte
no habrías escogido esta gastada
hueca campana de cristal,
bobo hilarante, en vano tratas de
desprenderte de su arrullo, jugando.

Desde siempre y por el juego acude
la resolución de los pies y las manos,
pervive el paso en la espesura del
bosque, se encuentra fatigado el
animal en la consecución de un
destello secreto, avanza fiero de
virtud, y se pierde.
Y se desaparece.
Y se halla de nuevo.

OTRO TACTO POSIBLE

I

Entregado al azar por propia
incertidumbre en el azar comprendes
la medida de tu estéril pasión, que te
enajena y te hace andar a ciegas
en el cabalgamiento de la frase
que no quieres decir. Porque si tú
dijeras todo lo que no sabes como un
fruto podrido se abriría el poema
y el mundo probaría su veneno.

II

Agitado en los días, expuesto a los
martillos de una mano feroz
como un metal al rojo resucitas
tu acabado perfil.
En tu forja incompleta

todo es sueño, y el sueño
va en la piel, como una herida,
la piel urde la trama de tus días
que se agitan violentos reclamando
presencia sobre tu entendimiento
desbordado.

Inconcluso perfil,
todo lo que no es tacto suspendido
bajo el fuego motor de tu creencia
y en tu murmullo infiel
la piel declara.

III

¿De quién el garabato se dibuja en el
aire, con su zarpa de fuego, la curva
que en su trama desmenuza tu
ausencia - ascuas quebrándose
con furia detenida -, por quién
este caer, este regreso?
El garabato se mece entre mis manos,
que lo aprieta ferosas,
lo exprimen dulcemente,
acarician la pulpa de su entrega
consciente y lo dejan caer, felizmente
cansadas de su abrazo.

Lo vuelven a abrazar, después, más
tarde, cuando mece la calma del feliz
garabato el ruidoso latir de un
corazón, tal vez dos corazones
percutiéndose casi imposiblemente
hasta el colapso.

Cesa también la calma
y vuelve a comenzar
el frenético pulso de mi amor a
pintarte, contra todo pronóstico,
sobre el lienzo espoleado de la noche.
Pero vuelve tu cuerpo a cobrar su

dominio como noble señor del
garabato.

Vuelve tu cuerpo, para dejar entre
mis dedos la blanca lentitud de su
misterio.

desde siempre y sólo por un torpe
capricho de los días nos haya
abandonado dejándonos a cambio la
alegría de tener que buscarlo
sea cual sea el pulso que habite
nuestra mano.

IV

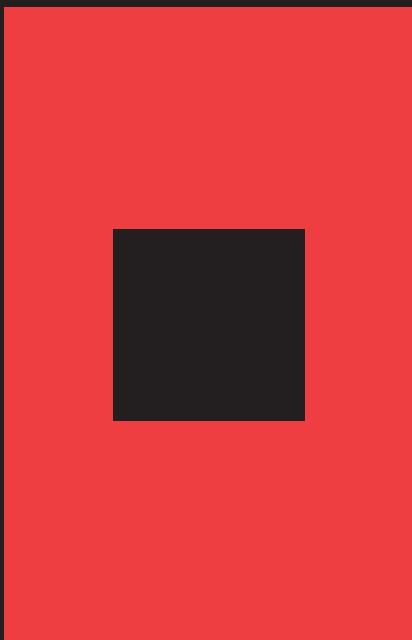
Déjame intervenir
en nuestro suceder ciego y extraño;
No es sólo mía esta caricia sobre tu
cuerpo herido ni esta pausa de amor
entre mis manos.

No te parezca extraño que quiera
apaciguar me en mitad de la cópula en
la que ya no estamos para que tú
contemples el peso desquiciado de mi
piel y yo te sepa aquí, también en la
caricia perforada y gentil de este
poema.

V

Si has perdido en el día tu pulso
alucinado que como una coneja
copulaba con todo y en casa recogido
dices que sí a todo con esta voz
serena que encuentras peligrosa en su
caricia, puede ser que te falte sólo un
roce furtivo para empezar de nuevo la
cópula salvaje y volver a la noche
como un dios invisible
cuya luna se cierne como uña
luminosa en nuestra carne.

Y si en tus desvaríos que por azar o
ruina no acomodan paisaje ves un
tacto posible (aunque aquí estés tú
sólo) busquemos ese tacto
y persigámoslo como si fuera nuestro



ACCÉSIT

ANÍBAL CRISTOBO MALDONADO

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Publicó “Teste da Iguana” (Ed. Sette Letras, Rio de Janeiro, Brasil, 1997) y “Krill”, (Ed. Tsé-Tsé, Buenos Aires, 2002) este último mediante un Subsidio a la Creación de la Fundación Antorchas. Ha traducido a diversos poetas brasileños al castellano e integra el Consejo de Redacción de la revista de poesía “Inimigo Rumor”.

UNA BALLENA BLANCA

Una ballena blanca (check-in)

Con esos objetos conocidos y con esa ballena blanca
hablas: cuando estás sólo
y esas canciones son la música
de los momentos felices
ves en una curvatura
cola de ballena en el mar, en esos
reflejos manchas de luz y musgo
en las manos sentado entre las rocas
por primera vez respiras - contemplas
a tu ballena blanca: una
iluminación, un niño en el océano.-

Objetos Perdidos (Terapia de viaje)

Que puedas pedirlo: tu deseo
era que los objetos se mantuvieran
en silencio. Tal vez
tu único deseo era que los objetos y
las apariencias se mantuvieran en
silencio. Estabas -ahora estás-
de pie, frente a la pica de la cocina.
No tiene importancia. “Pensar en una
música que, de existir, sonaría
tan lejana que el sentido de su
presencia no podría
llegar hasta aquí”, escribiste
una vez. Un acto cualquiera, que
pudiera estar controlado por otros
motivos era tu deseo.

Como si estuvieras de pie, frente
a la pica de la cocina; o
ni siquiera eso. Como si los objetos

pudieran mantenerse en silencio.-

Conversación Incidental

El ojo busca el fuera de campo: un
juego gráfico
de la distracción y de
lo distante del espacio: -No veo
nada. Pero hay árboles y
un río (y viento). ¿Y tú? Yo
tampoco. Me quedo así
y la imagen se aquietá
y no desaparece
detrás de otra, en una
sucesión sin límites. “Yo
tampoco y parece
que cuando no se mira
todo fuera posible
en la inmovilidad”.-

Última cena en Madrid

¿Es un restaurante chino o es
la vida entera así, cerca
de los amigos, de la chica que escribe
del desierto, y así llevándotelo lejos?
Todo sucede en dos momentos; en el
primero pides que siempre, que té
rojo y pollo con almendras, que la
neblina no pueda desvirtuar esos
contornos: y enseguida el centro de la
mesa gira una vez más, y cada uno
tiene lo que el otro quería: bambú, un
ticket, los poemas de una muchacha
húngara, mil millas, detenerse.-

Contagio

Le parece gracioso, pero sabe que está cerca: “Un juego de contagio”, dice ella, intentando recordar el nombre del mafioso del filme, “es aquél en el cual transmitirás tu estado, tu enfermedad al mayor número posible de participantes, como en los juegos de niños”. Si no te enamoras es distinto: y esas manchas en el cuerpo no te dejan llegar y tú puedes estar seguro de que es Donnie y aún así encontrarte perdido en el desierto.-

Epilamvanein

Tiembla, piensa si fuese así: “una ciudad no es una mujer”, dice ella, mientras gira el pañuelo, y también: “ahora tienes la soledad de quien lee y pasea de su propia mano”. Es posible; pero: ¿y si sufrieras una crisis gelástica? ¿Si ríes y después no recuerdas más nada? Entonces se prohíbe nadar, se prohíbe casarse, y se prohíbe declarar en un juicio; del Código Hammurabi hasta aquí, cuídate de la luz estroboscópica, de morderte la lengua -mucho mejor sería que utilizaras el otro hemisferio.-

Traumatismos

Todo mentira: “lo que más me gustaba” -dice ella, helado de café derritiéndose en

la mano derecha- “era escribir mis poemas sin gracia, hablar de la soledad de cuando

terminamos, todo ese pas-de-deux tan torpe, tan

mal sincronizado del amor. Ahora sólo puedo pensar en la mujer que cayó de la escalera, hoy, y se quebró

el tobillo”; no vuelve a verte más.-

Jet-Lag (Rio de Janeiro)

Sentir así pueden surgir perturbaciones fisiológicas, variaciones en la superficie del cuerpo: una pastilla verde; un nombre -y el tuyo es sólo aquél que recibe una instrucción precisa: no debes aterrizar adormecido. Pregunté antes y ahora veo: no sabría qué quiere. ¿Vas a ver los peces o no?, ¿vas a merendar conmigo?, ¿vas a viajar? “Llévame lejos”, desliza un libro, el rozar de esa mano - me hubiera gustado despertar así, contigo, acomodando

aquellas mantas, mi pelo, todo
el sol en la ventana del avión: tu
sonrisa, si dices: -puedes
dormir ahora, soñar que llegas.-

Sulfur

Sueña que llega pero es un
error: igual
a una cinta de vídeo vieja, las
imágenes se repiten y se
detienen en el hall del aeropuerto
enciende un cigarrillo falso
piensa no bebió líquidos en particular
agua no hizo
amplios movimientos de masticación.
Es temprano: dueLEN
los dientes apretados - las personas
ninguna es la que busca y ni
los teléfonos ni su
portugués funcionan. Se vuelve de
espaldas: son ellos; una pareja
que huyera de la policía, ella
viste algodón blanco y azul
sintéticoLa cabeza rapada, lentes
ray-ban, el hombre

de la barba candado dice ser su
contacto: le gusta
el 23, empujar el carrito
con los bolsos, y sabe
la docena correcta, la hora
y el rostro del crupier.
Descompresión: ellos

van a llevarte a Las Vegas en un
Farlaine '62 dorado; en la
guantera, tus libros, tus

medicamentos habituales; y tú
¿quieres ver otra vez los
flamencos, los brillos del desierto?

Jet-lag (Barcelona)

No aterrizamos
dos veces en el mismo aeropuerto:
aquí invierno en Barcelona, cambio;
tú has estado antes; y aquella
muchacha: ¿viajaba contigo? Cambio:
¿iban a llegar más lejos, a ver
los peces, más, los
Rothko, más aún: el cielo del
Tibidabo, todo; y ella era tu
chica, tu mujer, alguien
a quien amabas? “Nadie
más quiere acordarse de unos días
lluviosos, ni de un
detalle que te hizo sonreír en el
metro, ni de otro
amor; cambio, fuera”.-

Joana

Que seas mi heroína japonesa, vestida con la ropa del chico, que duermas o que andemos juntos en esto del baseball, de las fotos trucadas, de los perros: si puedo aprender de ti mirando tu silueta en la lluvia, o subiendo hacia la carretera. Quise decir: cuando vuelve el amor estás por preguntar “¿puedo pasar la noche aquí?”. Hablamos no de cómo llegaste hasta este cuarto de pensión, ni tampoco de cómo hacer después, si no estuvieras aquí, sé que acariciaba tu cabello, aún no habías viajado ni yo escribía: que seas mi heroína japonesa, que guarde las imágenes de una estela en el cielo.-

Melatonina

Una contra-indicación puede ser efectos desconocidos a largo plazo los ecos del desierto, no saber si vio un lago con forma de dragón - “símbolo de la solución de los contrarios”- un zeppelin atravesando el cielo del incendio, teléfonos que suenan en el aeropuerto, ardillas, una muchacha; otra: sus dedos en la ignición.

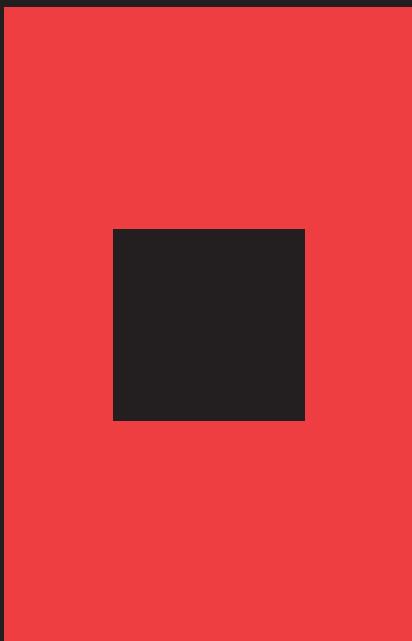
Quiere decir que no sabe, que era amor y el avión se lo llevaba lejos, que soñó un samurai, una estrella de mar.-

Jet-lag (Lisboa)

No eres tú un pasajero con movilidad reducida, o no caminarías en las calles de Lisboa, en la calle Escondrijo tu perro de la suerte es un gato; y tú va a ver delfines prisioneros en las ramas de un árbol - nadie más sabecómo volver a casa. Cuarto de hotel: sólo te quedas si hay Adilia en la tele, si ella usa esos guantes rosa, de lana, y si habla de San Francisco y los líquenes, de los rayos equis. Sólo te quedas si ella entonces pregunta: “¿quién no juega con los sentimientos de las otras personas?”

Una ballena blanca (desembarque)

Igual son tus objetos conocidos, igual es una ballena blanca, o eres tú, sentado entre las rocas igual son tus amigos - tú piensas: el día ha pasado, los colores, cualquier cosa que has visto se vuelve irrepetible si ahora “no era exactamente eso”; y siempre lo que desea ser, lo que anda en lo abierto, igual permanece en el cuerpo, vive fuera del cuerpo.-



ACCÉSIT

JULIA PIERA ABAD

FORMACIÓN:

- Licenciada en Economía por la UCM y Master en Literatura y Lenguas Románicas por Harvard.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- En 2003 publicó en Biblioteca Nueva su primer libro de poemas titulado Al vértice de la arena, al que siguió el poemario Igual que esos pájaros disecados (Diputación de Huelva, 2004). Poemas suyos han aparecido en distintas revistas y publicaciones como El signo del gorrión, ABC blanco y negro cultural, Can Mayor o ArteletrA. Asimismo, su obra ha sido incluida en la antología Once de marzo, poemas para el recuerdo (Pre-Textos, 2004), la antología de poemas en prosa Campo Abierto (DVD, 2005- en prensa-) y seleccionada para la antología de poetas españoles contemporáneos, traducidos al italiano por Emilio Coco, de próxima edición en Italia.

CONVERSACIONES CON MARY SHELLEY

*Si decimos adiós a la verdad
como voluntad de poder,
si la verdad no es revolucionaria,
¿qué es la realidad?*

*...alguien que miraba esas cosas, una vez
pasado el sombro, no tardó en apartar la vista
en la que se leía no sé qué triste espanto*

*Víctor Erice
El espíritu de la colmena*

Ya no hay padres,
se han ido a la guerra;
se han ido a la guerra, los padres
y las madres sustituidas
por amantes hexágono,
no obreras
no nodrizas
no reinas.

Te escribo una partitura a ocho
manos:
dedos que recorren la colmena de
cristal.

Se extinguen los padres.
La tierra en guerra preventiva.
Ya no hay megas
para nadie, ni para ti, que elaboras
la transformación física
por órganos,
por prótesis,
no hay gigantismo.
La tierra vive.
Alucinada ante la cosecha de

embriones,
seres humanos diminutos,
híbridos tamaño de la bacteria
monstruos como virus
con denominación de origen.

Las madres son semillas para las
máquinas.

Los padres son abono para los
tanques.

Yo soy tu identidad.

*alguien a quien yo
enseñaba últimamente
mi colmena de cristal
alguien que veía a las claras
mi rostro se funde
con la rueda de abejas,
con el zarandeo de la luz,
dislocado por el viento y los cambios
de hora
la multitud
pero en la película tenía brazos, tenía pies,
tenía todo...*

Incrédulas,
las profesoras enseñan anatomía
con cuerpos antiguos y caducados:
Los pulmones a la caja torácica,
el bolígrafo al pupitre,
el corazón a la izquierda
a la derecha, el copyright.

¿Qué se excluye del modelo?
¿Qué le sobra, qué le falta
al maniquí?

jLos ojos;

Hay patentes de vida.

Sin miembros
somos seres pictograma.
Comunicación por sonares
feromonas
redes
diálogos transcritos
en matrices. Encriptados.

Ante la fluidez, interferencias;
ante el fanatismo, un despliegue de
antenas;
ante las categorías, matrias
permeables

Hoyuelos.

¿Te gusta que te dé una de mis flores?

El monstruo charla en códigos
genéticos,
cartografías de genoma,
se expande
en cruce
con la mosca de la fruta.

En torno al lago, arquitecturas
volátiles.

No valen nada, son gratis,
por eso nadie las coge
tómala.

Una para tí y otra para mí.

En las cuencas del monstruo hay
huecos, ojos vacíos
como pueblos vacíos.

Miraba como mira un ciego al sol
Las ocho manos duelen
tiembla la tierra
sobre agua flotan las flores blancas

¿Qué es la eternidad?
La eternidad es un cerebro
que hay que dejar tiempo
para que se desarrolle.

La civilización perfecciona la
barbarie.

Ya no hay arrepentimiento en la
creación,
crean seres
como crean gatos,
los estrangulan,
se pintan los labios con sangre
saltan por encima del fuego
y farfullan
retóricas béticas

Hablan de tí,
una mujer de ciencia
que intentó crear un ser vivo
a pesar de que eso sólo puede hacerlo Dios.

Te gritan:
Hágame caso, hay que eliminar a ese ser
que usted ha creado; hágame caso, puede
ser peligroso.

Matamoscas.

Oculto el maquis,
pisadas las setas,
la tierra vomita
correo basura.

La tierra en llamas.

El bosque reconvertido del día a la
noche.

Mi cara se mueve con las ondas del
lago,
se transforma en imagen
¿de quién?
¿de qué?
en las cuencas del monstruo hay
huecos, ojos vacíos
como casas vacías

Casas sin puerta
o puentes o escaleras animados
casas destruidas,
casas sin paredes.

Escenarios horizonte de silencio:
*el reposo mismo de la muerte
alejado de toda residencia...
...que no admite ya enfermos ni tumbas.*

Evitar el ruido de fondo
prestar oído a las vías del tren,
el monstruo, su autora,
pantallas en blanco.

La eternidad se transforma en panales
de cera.

Antiespecismo:
Debes abrir
la colmena, sin miedo,

y dejar que trine el bosque
cálzate.

*Si eres su amiga, puedes hablar con él
cierras los ojos y le llamas*

Soy...

Soy...

*Escucha mis pasos,
estoy aquí.*

Ocupemos las primeras filas.

Hágase la oscuridad.

SUEÑAN LAS OVEJAS CON ANDROIDES HUMANOS

*...This was not called execution,
it was called retirement*

Sin dialectos.

El idioma en la corporación deriva de la palabra VERDAD.

Entrar allí,
en la corporación del triángulo,
sigilosa, como quien enfoca con ojos
frescos listas de razas, delitos,
síndromes, como quien presta huellas
dactilares al casillero blanco de las
generaciones
tanto vértigo y traspasar,
cauta
pasos
sigilosa
el pasadizo añil

Tanta náusea.

Entrar en la corporación del triángulo
es comprar un paraguas de recuerdos,
un implante económico con luz
artificial.

Cruzar las caras equívocas, múltiples.

Secreta, yo,
mi tarea diaria

a sueldo suficiente
para dilucidar quién está,
quién esquiva,
la venta ambulante
de uniformes de piel.

Blade Runner
Ridley Scott

Cientos de seres,
cientos que nacen, se duplcan y
mueren antes que otros
puedan, siquiera, pensar.

Cruzan las réplicas.

Itinerarios de mercado negro.
Su tiempo de metrónomo,
sus travesías, sus zonas, sus
desplazamientos
por la corporación.

Raw oysters o perros hervidos,
más humanos que los humanos
inteligencia emocional,
comercio, control u obra de calidad.

Mi peinado parece la cabeza del
búho.

Ya no dudo si mi trabajo beneficia al
público
o si el búho es o no “naturalmente”
artificial.

El búho mira, y vuela
como los búhos.

En negocios clandestinos
la ardilla
comprende al dragón

en pesquisas, en detectores...
hay *fugas en las colonias*
del mundo exterior,
nomadismos, éxodos,
población flotante.

Tras las tres
chimeneas de fuego
un hombre fuma, de espaldas,
humo de dragón naranja.
Piensa en pirámides,
apunta y cuenta:
el tiempo de reacción es primordial

¿Tiempo? El suficiente
para huir, huellas en nieve sucia
con botas triples.

Recorrer el recinto a ojos asustados
de la que es perseguida y persigue
imágenes residuo
construcción
evolución
noción de “vida propia”,
un nuevo clima.

Si viera a la ardilla, hoy, panza nieve
pidiendo a gritos un cambio
evitaría
la respuesta emocional.

Sensaciones: *cólera, odio,*
amor, envidia, miedo, frío
...

Corte en los bordes del frío.
Se hace sombra en la corporación del
triángulo,

sombra cansancio del test estéril:
¿Fluctuación de la pupila?
y el prestidigitador,
de tantas preguntas en la manga,
gira el brazo
y encuentra siempre la misma avispa,
la misma avispa.

Zigzagueantes.

Los jornaleros clasifican escamas
desprendidas ayer de algunos cuerpos
por ser oficio de animales vivos.

Asépticos, sus guantes de goma
diseccionan *anómalas muestras*

Preguntas: ¿Morfología? Longevidad?
Hoy superponemos: Atención. Afecto.
Emoción.

Yo sólo sé hacer ojos
pero me obligan a hacer listados de
palabras.

Quieren analizar si alguna de las que
repite
tiene algún sentido gramatical,
sigue algún patrón genético.

En la calle el lenguaje es distinto,
admite mezclas vulgares, interlenguas,
translenguajes, argot;
refleja impresiones de tiburones
colgados como objetos de arte,
caballos y filas extasiadas de cabezas
de pez.

Especies huérfanas
en la corporación del triángulo
construimos amigos, juguetes, amigos
alimentados con *noodle bowl*
y sushi de aguacate,
huéspedes esclavos
de manufacturas dietéticas

Papiroflexia.

Equilibrio a cuatro patas
de un unicornio en papel,
sus papeles ¿están en regla?
No me sentiría mejor si fuera
un unicornio de VERDAD.

Buscaré huecos, datos de inmigración,
nacionalidades,
pero ¿cuánto durará entero
un animal plisado
bajo la lluvia
entero
bajo la atmósfera
bajo la ventisca?

La versión
de árboles anoréxicos
con venas congeladas hacia el aire.

Es marzo, como si la VERDAD
hubiera virado la estación más fértil
asistimos a una transacción cara y
agria para implantar manos de hielo,
memorias extendidas,
hacia la guillotina de la atmósfera.

La versión de los que niegan
que la nieve sirva
para tenerlos a todos
envueltos.

- *Mis glándulas envejecen demasiado deprisa:* exhalación.

- Destellos de la memoria: inspiración.

Pensamientos
de humanos diseñados
con número de serie.

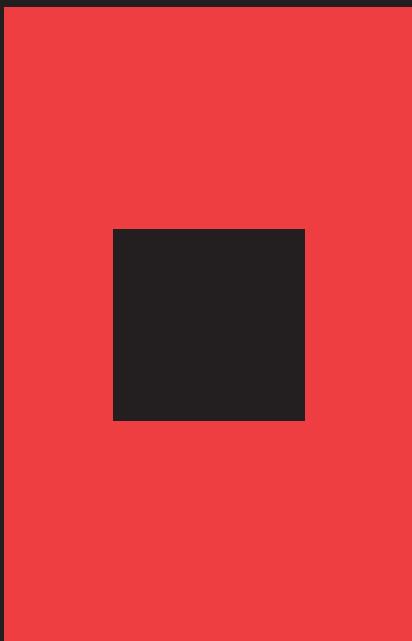
- Nunca verterán sus lágrimas
por insertar implantes podridos

- Mutaciones en el sistema orgánico.

- Si diseña también nuestra mente,
nuestro cerebro,
¿por qué quiere que seamos
físicos, con miedo,
con caducidad?
Con antivirus.

Salir réplicas de Dios,
de la corporación del triángulo,
spectros genéticamente perfectos,
y atreverse a susurrar:

*si sólo vieras
lo que yo he visto
con tus ojos*



ACCÉSIT

JAVIER VELA SÁNCHEZ

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Su primer poemario, Aún es tarde (Diputación de Cádiz, 2003), resultó finalista del Premio Adonais 2002, galardón que conseguiría al año siguiente con La hora del crepúsculo (Rialp, 2004). El año pasado le fue otorgado el Premio Ciudad de Badajoz por Increado, el mundo, que verá la luz en la Editorial Algaida durante la presente primavera. Su obra aparece recogida igualmente en las antologías Y siempre (Libros del Claustro Alto, 2004) y Poesía Por Venir (Renacimiento, 2004).
- Durante 2003-2004, fue becado en la categoría de creación literaria por la Fundación Antonio Gala de Córdoba. En la actualidad es colaborador de Cuadernos del Sur, de Diario Córdoba; lector de la editorial Alfaguara; imparte un taller de poesía en el Centro de Poesía José Hierro de Getafe y acaba la Licenciatura en Teoría de la Literatura en la Universidad Complutense de Madrid.

ESTABAS EN TORIMBIA

I

Esto no es un poema,
lo parece
porque está escrito en verso
endecasílabo,
cumple con los acentos, todo eso.

No hay realidad posible ni efectiva
dentro de las palabras, c'est ne pas...

El poema no es esto, lo parece
porque lo lees ?y tonto el que lo lea?
con conciencia poética, lector.

II

El poema
me escribe,
mientras tanto.

El poema
deviene
transparencia.

Las palabras
me buscan,
mientras tanto.

III

Para quien teme el bronco rugido de
la tierra
la palabra es silencio, oscuridad,
renuncia.

Para quien huye y sabe el rostro de la
muerte la palabra es refugio, cueva
fresca, reposo.

Para quien llega herido de luz o de
memoria
la palabra es olvido, blanca sal en los
labios.

Para quien busca un dios entre los
hombres,
encuentro de sí mismo es la palabra.

IV

Las palabras germinan en silencio.

Me gusta cuando nombran a las cosas
y un vértigo de símbolos emerge
desde el centro
de sus cuerpos: pensarlas, olvidarlas
de nuevo.

(Me plazco en relamerlas; su
conciencia me basta,
el dulzor de saberlas debajo de la
lengua.)

A veces las palabras se enuncian a sí
mismas,
deudoras no se sabe de qué labios,
inmarcesibles formas, crisálidas
sedientas
de eclosiones, de frutos en umbela.

Emigran otras veces a lejanos lugares
como si nunca hubieran sido libres,
pero al cabo regresan, atardecido el
día.
Pero al cabo descienden, se posan en
mis hombros

doloridas, tristísimas, como aves que erran al buscar el envés del horizonte.

Las palabras germinan en silencio.
Escuchad sus latidos al fondo de la tierra

ese limo fecundo de soles derramados,
de ríos que se exceden hasta anegar su vientre.

II

I

El mar, la arena, tú,
os nombro igual:
Torimbia.

II

Te busqué por las calles,
dónde estabas.

Te busqué por la infancia,
dónde estabas.

Te busqué por los sueños,
dónde estabas.
(Nunca se me ocurrió buscar en ti.)

III

Blanca la tarde y tú
toda crepúsculo,
tu desnudez
fue una
con la mía.

IV

Nubes,
como guirnaldas,
cuelgan del cielo.

V

Entre dos noches, ser y contentarse.

Sólo cuerpos iguales a otros cuerpos,
palabras que nos nombran, labios que nos envuelven.

Lo mismo bajo el sol, y así nosotros:
el eco de una voz que nos pronuncia.

VI

Se hace conciencia
el agua al contemplarla.

La marea que baja
y se adormece,
la sangre que se aquietá
con lentitud
de espuma.

Otro tiempo te arrastra,
de repente.

VII

Porque los nombres mueren pero
dejan
memoria de los cuerpos que
habitaron,
qué guarde yo de ti
sino tú misma.

Plenitud de los seres cuando dejan
un espacio
vacío
en la memoria.

VIII

Un horizonte en línea con la duda:
cuanto cabe en los ojos
con cuanto los excede.

III

I

Lágrimas de color, el tiempo llueve
sobre el lienzo desnudo de la tarde.

Ahora que tú no estás apenas nada
parece necesario, todo guarda la
pátina
que el polvo da al sentido de las cosas

No hay luz desde hace días, es posible
que el sol se haya fundido en su
rutina:
ahora que tú no estás lo cotidiano
me embotella en su inercia y me
devuelve
al lugar en que arriban las palabras;
las aceras son grises más que nunca,
márgenes de qué río, de qué mar las
apuro
como un niño travieso, algo
funámbulo,
ahora que tú no estás y el tiempo
llueve
sobre el lienzo desnudo de la tarde.

II

En días como éste, el suicidio parece
razonable.

Una fe necesito que me crea.

III

Acunaré tu nombre
entre mis brazos,
la mudez de tus labios,
el destierro
primario de mi vientre.
Hija mía, la sangre
te reclama,
suena bien el silencio
mutuo de las imágenes.
Te mecería igual
que lo hace el pájaro
en forma de esperanza,
y aletea.
Adormecerme quiero
en tu regazo.
Como una leña seca
prende más.

IV

Mira teme lo oscuro, las formas
escondidas
tras las puertas abiertas del armario.
No la apagues aún, me dice, espera
un poco,
con esa voz pueril que a veces usa
cuando el miedo la invade, y es de
noche.
Si tú supieras, Mira, que mis ojos
temen de igual manera que los tuyos;
si lo supieras, Mira, qué vergüenza.
Voy a cerrar los párpados ahora
que te haces la dormida, y me lo creo.

La luz yo no la apago, por si acaso.

ACCÉSIT

PILAR FRAILE AMADOR

OBRA ESCRITA:

- Hasta la fecha la autora ha concluido tres libros de poemas: Páramo Abierto, La Huella de Tu mano y El límite de la ceniza.

PUBLICACIONES:

- Publicación del conjunto de poemas “Ciudad” y del conjunto de poemas “Diós donó” así como de varios cuentos breves en la revista de arte y literatura La Revista de Hank Spain.
- Publicación del libro de poemas La Huella de tu Mano en el Catálogo de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid en su edición del 2004-2005-04-13.

PREMIOS:

- Accésit de poesía en el Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid por el libro La Huella de tu Mano en la convocatoria 2004-2005.

EL LÍMITE DE LA CENIZA

*He soñado la existencia y es un jardín
torturado*

A. Gamoneda

En noches como esta quisiera que viniera ese viento que dicen que trae la bonanza y se me colara debajo de los párpados. El corazón es un pequeño pájaro lleno de transfiguraciones, pero el mío desconoce el límite entre el candor y la ceniza. Arde como el fuego, embebido en su transformación. Y en noches como esta se consume. Su llama crea sombras, hermosas como un galope de caballo. No hay más luz que su huída cuando callan los hombres. No hay más territorio que su infinito desdén hacia lo sólido. Pero esta lucha me tiene perpleja y no aminora. Contemplo su terrible conciencia de ser solo un fragmento de otro fuego, siempre vivo; de otro fuego, en otra tierra, en otra noche. Arden como alondras imágenes del día, confundidas con su sombra, y así quedan en paz, empeñadas en humo. Nada hay en él que permanezca, nada hay en él que no recorra ese incierto camino hacia la sombra. Causa dolor ese viaje ineludible; por eso, quisiera que viniera ese viento y se durmiera debajo de mis párpados.

Pero ese cuerpo aún torrente de lava mana del lugar más suave de la roca ese cuerpo sin grietas ese cuerpo sin cenizas ese cuerpo vivo y su noche columnas de puro basalto negro detenido

Por consiguiente arden están ardiendo los cuerpos como toda estrella como toda luz el mismo es su dolor el mismo furor el mismo aliento y su luz como aquella viaja para nuestro desconcierto

La llave es la ceniza

es posible que un pájaro cruce el espacio de tus ojos es posible un pájaro vivo en la niña de tus ojos

La llave es un eco la imagen invertida del mundo de fondo en la niña de tus ojos	el sol de la rosa tatuado un sol de tulipanes preso el sol sobre mástiles dormido
Sed no otra cosa es la orilla mar incesante transparencia y aullido	Cuerpos materia nómada fugazmente detenida
Nada el mal nada	Habitamos en la multitud del blanco heridos
Sol cadáver de sombra	Nada hay de incierto en la sombra
No hay límite para la ceniza	Multitud del blanco fuente de la luz materia multitud desnuda que somos piedra materia congelada o anhelo y en este campo el cauteloso silencio que observa el pájaro
Mirada que desliza su mano ardiente el mundo inicia un giro en llamas vaga la imagen quieta	Nombre de la luz silencio
En el intervalo entre la sombra y la ceniza habita un sol tatuado de pétalos	Nombre de pájaro paraíso cuerpo que es musgo tierra verde

De todos los nombres
de la estepa ninguno
es este

Otra cosa es la furia
patrimonio del fuego

Tú apenas
corazón
de golondrina
un titubeo
de la luz

En tu rostro
tiembla
hay un silencio
en tu seno
una sombra de árbol
y eres ciega
un río tal vez
que acompaña mis pasos
otra cosa es la furia

Las calles rebosan espejos
fragmentos que bailan
ángeles
interrumpidos

Del pedazo de luz
trabado
en tus manos
de sombra
queda
en las ruinas
como un velo
la huella
ni arderá la hierba
con tu aliento de fuego

ni cambiará su nombre
la ciudad
que te tiene
pero el viento
habrá rozado tus labios
la encendida línea
donde tu cuerpo rompe

Un camino
es
abandono

Que la flor
perece
y nace el fruto
que nace el fruto
de la flor
que perece
y que el fruto
contiene
la flor

¿Cuántos planetas hemos devorado
cuántos planetas
nos nutren?

Irán los labios meditando un desnudo
sin otro desnudo que los ojos

Ojos la sed

Mar en llamas

Ojos destierro
memoria que no cesa

Ojos océano habitado

Qué sé yo
de la lluvia
de la lluvia
que cae
si soy
la lluvia
un fuego
derramado

Todo es visión
un árbol
que en la niebla
sueña
su propia semejanza

Es mar
el olvido

Y no hay más lucha
que este incierto
preparativo
para el vuelo

Dicen que sola la gaviota
se sostiene
contra el viento
que no roza su frente
el cielo dolorido

Ni más abandono
que la arena
el brote incesante de la luz

Sea carne
el olvido

Y el mar tierra virgen

Mi cuerpo
mordido
por las hojas
cauce
el mar
de mi sangre

Veo
árboles
animales quietos
o su sombra
y esa huella
que me une a ti
ese silencio

Y tu piel
rumor oscuro
o bosque
bosque
la línea de tu cuerpo
la línea de fuego
de tu cuerpo
de tu cuerpo las brasas
este rumor
de hojas
penetrándome en la boca

Abrazo
una luz
territorio olvidado
del aullido
o su borde

En la
aurora
oscura
de tus ojos
claros

Fueron tierra tus brazos
de tu sonrisa

Tenemos al fin
la espiral en la que despiertas

acomodo de espinas
dulcemente prendido

reposo
los dibujos

del peregrinar
que en ti deja la noche

Y el beso
que en ti dejan

túnel
hasta aquí

o
son caricias

retorno
aún más devastadas que mi nombre

y el beso
Hay caballos entonces

nudo
que galopan

de tu boca
sobre el silencio

flor de tu boca
de estos ojos

ceniza
hay

No hay más no
todo lo que estos ojos callan

que el no
un páramo sin nombre

que sale de tu boca
la incertidumbre

Es tu ausencia
de los animales pequeños

una sombra
desprovistos de tierra

Quererme
hay

sin
el temor y los ojos

que
sacudidos por un grito

tú
sin principio

Noche
hay

tu
la tierra

ausencia
consumida por ese grito

He recorrido tu sangre
replegada sobre sí

juguete de nieve
hay

las latitudes más septentrionales
la materia viva

La lluvia se ausenta en vano



ÁREA DE GOBIERNO DE EMPLEO
Y SERVICIOS A LA CIUDADANÍA
Dirección General de Educación y Juventud

